

EL GRAN VIAJE Y OTROS CUENTOS

ANNA POLINO CORTÉS
GLORIA CEREZO FERNÁNDEZ
ALEXANDRA BARAHONA DE BRITO
MARGA GARCÍA FERNÁNDEZ-VALERA
ROCÍO RUIZ RUIZ
RAFAEL CORTÉS ARRIETA
CARLOTTA BARAHONA DE BRITO
ROSA ISABEL MARGARITA
CARINA CASANOVAS FONTANET
SONIA VALLECILLOS PAREDES
ALICIA GÓMEZ ROIG
LOLA SÁNCHEZ RAMÍREZ
GLORIA PLADEVALL MONTAÑA
NATALIA LÓPEZ MOLERO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EL GRAN VIAJE

Y OTROS CUENTOS

ANNA POLINO CORTÉS
GLORIA CEREZO FERNÁNDEZ
ALEXANDRA BARAHONA DE BRITO
MARGA GARCÍA FERNÁNDEZ-VALERA
ROCÍO RUIZ RUIZ
RAFAEL CORTÉS ARRIETA
CARLOTTA BARAHONA DE BRITO
ROSA ISABEL MARGARITA
CARINA CASANOVAS FONTANET
SONIA VALLECILLOS PAREDES
ALICIA GÓMEZ ROIG
LOLA SÁNCHEZ RAMÍREZ
GLORIA PLADEVALL MONTAÑA
NATALIA LÓPEZ MOLERO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2019

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Deemak Daksina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El gran viaje y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2019

C/ Carril de los Juanes, 12

30012 Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-9-7

Depósito legal: MU735-2019

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	7
EL GRAN VIAJE ANNA POLINO CORTÉS	9
LA ORUGA GLORIA CEREZO FERNÁNDEZ	15
THE RING ALEXANDRA BARAHONA DE BRITO	21
UNA MAÑANA DE PRIMAVERA... VOLÓ MARGA GARCÍA FERNÁNDEZ-VALERA	33
LORENZA Y EL SOL ROCÍO RUIZ RUIZ	41
RAUF Y SU BURRO LORETO RAFAEL CORTÉS ARRIETA	47
THE JOURNEY OF THE SWEET FAIRY CHILD CARLOTTA BARAHONA DE BRITO	61
SEMILLAS DE CLARIDAD ROSA ISABEL MARGARITA	71
LA TRANSFORMACIÓN DEL BEBÉ ELEFANTE CARINA CASANOVAS FONTANET	77
LA LOMBRIZ DEL ARENERO SONIA VALLECILLOS PAREDES	83
UNAS NOTAS MUY ESPECIALES ALICIA GÓMEZ ROIG	89
UN CAMINO BRILLANTE LOLA SÁNCHEZ RAMÍREZ	95
FLORS EN EL CAMÍ GLORIA PLADEVALL MONTAÑA	101
LOS NIÑOS PIEDRA NATALIA LÓPEZ MOLERO	107
«AHORA TE TOCA A TI»	113
«ÉRASE TU VEZ»	123
ANEXO	135

AGRADECIMIENTOS

Esta edición —como el resto de las publicadas en la colección— no habría sido posible sin la constante y refinada colaboración de Daniel Caballero, mago del diseño y la maquetación, que aporta al libro una gran dosis de sabiduría de la imagen.

Nuestro agradecimiento también para Mikel Marcé, corrector profesional de alta sensibilidad que hace música cuando ordena las palabras del libro, partitura sagrada que ha de expresar lo que sugiere el escrito.

Silvia Velando, de Zöe Comunicación, ha sabido darle la dimensión necesaria a nuestro proyecto para que sea visible más allá de lo esperado. Estamos muy agradecidos a su maravillosa colaboración, entrega y especial comprensión.

Nuestro agradecimiento al Centro Nitya por acogernos con tanta amabilidad y facilitarnos todo lo necesario para que el taller se diera en las mejores condiciones.

Si hay alguien responsable de la presencia de «Érase tu vez» en Barcelona es Emilia Matilla, incansable, exquisita en su buen hacer, luminosa en su presencia y extraordinaria colaboradora en el desarrollo del taller. Dedicarle esta edición a ella es poco para valorar tanto como ha aportado a este proyecto. Gracias, Emilia.

PRÓLOGO

La séptima edición del taller «Érase tu vez» tuvo lugar los días 7, 8 y 9 de junio de 2019, en Barcelona. Se reunieron 14 personas con una única intención: contar el relato de su vida en clave de cuento maravilloso. Hasta aquí todo parece normal, pero cuando trece mujeres y un hombre se ponen en disposición para entrar en el espacio sagrado donde reside la creatividad —ese lugar donde moran los símbolos, las metáforas, la música, los inventos o la poesía—, entonces todo cambia y deja de ser lo que parece, para convertirse en lo que necesitas.

Tras jugar, reír, bailar, dibujar, escribir y abrirse al asombro, el grupo afrontó la escritura definitiva del cuento instalados en el interior del campo —o del inconsciente colectivo, el unus mundus, o el akhasa, o zero field point... muchos nombres para designar lo mismo—. Y de esta inmersión salieron con la tarea realizada: habían conectado con ese lugar —que parece que está en el exterior, pero al que se accede desde el interior—, para escribir un cuento que a algunos les pareció «dictado» por voces ajenas. Así funciona la creatividad en estado puro, solo tienes que abrirte a la posibilidad del asombro que ofrece la vida del instante para que fluya el torrente que mana directamente desde la Fuente. La herramienta elegida en este caso era la escritura.

Que la séptima edición —siete, número sagrado donde los haya— tenga lugar en Barcelona es muy importante, ya que es una ciudad mágica y poderosa que impulsa lo que le roza. Ha sido un catalizador enérgico para el proceso que se ha abierto y cuyo destino final solo conoce el Dramaturgo Cósmico. Nosotros solo tenemos que dejarnos llevar en este gran barco que acaba de desplegar sus velas, para recorrer los infinitos mundos de la fantasía, que, al fin y al cabo, es otra forma de entender la realidad.

El gran viaje y otros cuentos reúne un nutrido número de cuentos de diferentes sensibilidades, tantas como personas había en el taller, y esta es la gran riqueza del ser humano: una persona, una sensibilidad y todas juntas formamos el gran Tapiz Sagrado que nos sostiene.

EL GRAN VIAJE

ANNA POLINO CORTÉS

Hace muchos años, en una remota aldea, vivía un pájaro gigante que transportaba a las personas de un lugar a otro y les daba sabiduría. No a todo el mundo, solo con las personas livianas podía levantar el vuelo. Y la liviandad no era algo que tuviera que ver con el volumen o el peso de las personas: a la gente les lastraban las pasiones, la envidia, la codicia, la soberbia, el egoísmo, la vanidad, la ira, la pereza...

Con el tiempo cada vez menos personas conseguían que levantara el vuelo, hasta que llegó un día en que el pájaro no tuvo a quien llevar y dejó de volar.

Por aquel entonces llegó una nueva familia a la aldea. Un comerciante y su bella esposa, acompañados de sus dos hijos. Uno de ellos, muy listo; el otro, muy limitado. Desde el principio tuvieron claro que Anpoco, el listo, debería sacar adelante a la familia y así se lo hicieron saber desde bien pequeño, y él, muy responsable, se esforzó en hacer todo lo que era preciso para cumplir con el mandato. Estudió a conciencia, con diversas especializaciones, visitó a muchos sabios y escuchó sus enseñanzas hasta el punto de que ni sus padres entendían para qué tantos conocimientos si tenía que ser comerciante... pero es que Anpoco ya no quería ser comerciante. Él quería volar.

Cuando obtuvo esa certeza fue a compartirla con su estimada vecina, una mujer sabia que amaba los dulces y los besos, que siempre recibía a sus visitantes con delicados pasapalos y una sonrisa, y que siempre, indefectiblemente, se despedía de ellos con los ojos bañados en lágrimas.

—Si deseas que el pájaro vuele contigo, primero deberás seguir el camino de tus antepasados y atenderles en lo que te pidan.

Anpoco estaba acostumbrado a cuidar de todos, así que no vio dificultad en el encargo. Aun así aceptó el consejo de su sabia vecina, quien sonriendo le dijo:

—Para ser fuerte en tu viaje asegúrate de llevar siempre contigo esta gota de rocío y mi risa generosa. Y le despidió, cómo no, con un suspiro ahogado en lágrimas.

Anpoco visitó primero a la mujer del cabello de plata. Cuando llegó, la mujer hacía poco que se había convertido en estatua y estaba custodiada por una guardiana blanca que le indicó la imposibilidad de sus intenciones. Pero Anpoco era un luchador y, utilizando los ungüentos de sus abuelas, masajeó con ahínco las manos y los pies de la anciana, apretando delicadamente ahí donde la artritis había creado nudos y acariciando la piel marchita. La estatua abrió los ojos y le sonrió:

—Cúídales —le dijo. Y le regaló una brújula que le permitiría identificar a las buenas personas.

El segundo reto de Anpoco fue el más duro y largo: visitó el templo de la familia, y enseguida se dio cuenta de que el pilar principal estaba seriamente dañado y que, sin él, el resto de la estructura sin duda se quebraría. El pilar se encontraba custodiado por un ejército de caballeros blancos. El líder le dijo a Anpoco:

—Tal como está, lo más prudente sería derrumbar el pilar para que nadie más salga perjudicado.

Pero como Anpoco se negó, otro de los caballeros le indicó:

—Tal vez si consiguiéramos reforzar la grieta maestra con el cemento de Sant Pau, el pilar resistiría.

Por supuesto, Anpoco consiguió el extraño cemento y, con él, que el templo se sostuviera, casi como si no hubiera pasado nada, un tiempo muy corto.

—El pilar ha estado a punto de caer dos veces, a la tercera ya no lo repararemos más —ante lo cual Anpoco buscó a otro caballero blanco cuyo mensaje fuera más esperanzador.

—Si introducimos aire por la base es posible que el peso de la estructura se sostenga y el pilar no caiga —y Anpoco consiguió los mejores vientos para su pilar.

El pilar sonreía orgulloso al ver sus esfuerzos para equilibrar el templo y, escondiendo su dolor, le dijo:

—Ven conmigo.

—No puedo dejarles —respondió Anpoco.

—Está bien —aceptó el pilar, y le entregó la capa de la fuerza para que siguiera su camino.

El camino del tercer viaje era desconocido, sin embargo Anpoco ya tenía la brújula y la capa de la fuerza. Se encontró con el señor Nopor, un hombre muy mayor que había sido comerciante en su juventud y que siempre le estrechaba la mano muy formalmente cuando le visitaba. Era apenas piel y hueso; no obstante, aún mantenía unos ojos azules profundos detrás de los cuales habitaba su historia. No permitía que nadie le tocara y sonreía a las nubes juguetonas. Hablaba poco y cuando lo hacía no se le entendía. Anpoco ya se empezaba a desesperar cuando empezó a apreciar sus silencios y a interpretar los gestos... y de allí se llevó la sabiduría de conversar sin palabras.

El cuarto reto lo debió iniciar sin haber podido descansar del anterior. La pequeña e inquieta madrina tenía muchos años en su cuerpo, en el que habitaba una niña miedosa y enfadada que aún reclamaba lo que se le debía de infancia robada. Se la encontró rota

en medio de un pasillo. No le pudo decir nada. Los caballeros blancos aparecieron de nuevo, esta vez para indicarle que podían leer las mentes y que aquella ya no quería decir nada más. La pequeña madrina, por ser quien la había encontrado, le dejó un fastuoso castillo y el don de la seguridad.

El quinto y último viaje de Anpoco fue un encargo especial de la gota de rocío y la risa generosa: debía guiar a un pequeño deseo a las playas blancas acariciadas por el mar. Era un viaje diferente puesto que no buscaba encontrar a nadie y parecía una fácil misión. Hasta que el pequeño deseo empezó a crecer y a escapársele cada vez que le restaba atención: se encaramaba a los árboles cuando atravesaban un bosque, le desafiaba para que le persiguiese, se escondía en los rincones o le gritaba desde el final de un camino. Cuando finalmente llegaron a su destino, Anpoco recibió el regalo de la paciencia y supo que, aunque se separaran, nunca se despediría de ese pequeño deseo y lo seguiría velando hasta el fin de sus días.

Entonces volvió a la aldea. Con todos los tesoros que había conseguido a través de sus viajes y sin todo lo que había necesitado dejar por el camino.

Se acercó al pájaro que llevaba tantos años sin volar, y el pájaro le miró nostálgico como si hubiera estado todo aquel tiempo esperándole. Anpoco lo montó, le acarició el cuello entre el pelo corto como a él le gustaba que le rascaran la espalda tantos años antes, le susurró al oído palabras que nadie escuchó y alzaron el vuelo. Y desaparecieron de la aldea, y dicen que compartieron su sabiduría por el mundo hasta que se borraron del recuerdo y se convirtieron en leyenda.

LA ORUGA

GLORIA CEREZO FERNÁNDEZ

n buen día, bajo un sol resplandeciente nació una pequeña Oruga. Todos los animales del bosque, sin excepción, pasaron a darle la bienvenida a este mundo.

La Oruga, nada más abrir los ojos, se sintió encantada de estar rodeada de tantos habitantes del bosque.

Tres días más tarde la Oruga, que estaba colgada de una rama del árbol donde había nacido, empezó a pensar que ya había recorrido el árbol para arriba y para abajo, pero se dio cuenta de que habían más y más árboles, plantas y arbustos en aquel bosque. Era inmenso.

Comenzó a saltar de árbol en árbol, de planta en planta y de arbusto en arbusto.

Tres o cuatro árboles más adelante de dio cuenta de que, dentro de uno de ellos, vivía una Ardilla.

La Oruga, ni corta ni perezosa, fue a hablar con la Ardilla.

—¿Y tú, quién eres? —le pregunta la Oruga.

—Soy una Ardilla —le contestó.

—¿Y qué haces?

—Lo que hacen las ardillas. Salto de árbol en árbol buscando nueces y semillas, y cuando las encuentro las traigo a mi casa y las voy almacenando para, cuando llegue el frío invierno y no haya comida, poder alimentarme.

La Oruga escuchó todo con atención, le dio las gracias por la respuesta y siguió de árbol en árbol, de arbusto en arbusto y de planta en planta.

Cuando llegó a una planta al lado de una charca, se encontró con una Rana que estaba descansando sobre un nenúfar.

La Oruga le preguntó:

—¿Y tú, que haces?

—En este momento descansando mi voz, pues cuando el sol se marche comenzaré mi canto para alegrar el alma de todo el que lo pueda escuchar.

La Oruga le dio las gracias por su respuesta y se marchó de árbol en árbol, de planta en planta y de arbusto en arbusto. Al llegar al último, miró al suelo y se encontró con una Serpiente.

La Oruga le preguntó:

—¿Y tú, qué haces?

—Yo no recolecto, yo no canto, solo me arrastro por el suelo para llegar de un sitio a otro. Lo que sí tengo es un poder especial y muy poderoso: puedo hacer que otras personas y animales abandonen este mundo para ir al Mundo Oculto, solo que es un viaje sin retorno.

La Oruga le dio las gracias por su respuesta y siguió de árbol en árbol, de planta en planta, de arbusto en arbusto.

Cuando estaba cerca del final del bosque, pensó:

—Si la Ardilla recolecta, si la Rana canta y si la Serpiente te puede llevar al Mundo Oculto... ¿qué puedo hacer yo?

La Oruga no encontraba nada que ella pudiera hacer. Lloró desconsolada.

En mitad de la noche del bosque, sólo se oía su llanto inconsolable, pero algo inesperado pasó.

Una luz cayó del cielo directa a la rama donde estaba la Oruga. Era una luz radiante, brillante, llena de vida, y esa luz poco a poco comenzó a ser mucho más tenue. Al cabo de un rato la Oruga, que no se acordaba de llorar, distinguió una pequeña figura.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy una Estrella.

—¿Y qué haces?

—Puedo hacer que tus sueños se hagan realidad y también puedo cuidarte desde mi hogar, que es el cielo. Y cada noche, cuando se vaya el sol, puedes hablar conmigo.

La cara de la Oruga se iluminó, pues ella deseaba ser algo en la vida, y pensó que la Estrella le podía ayudar.

Después de un buen rato la Oruga se atrevió a decir:

—Perdona, ¿tú podrías ayudarme a saber qué puedo hacer?

La Estrella se rio compasiva y le dijo:

—¡Claro que te puedo ayudar! Pero lo que me estás pidiendo está en ti.

—¿Cómo? —dijo la Oruga—. Si en mí no hay nada, por eso te pido ayuda.

—¿Cómo que no hay nada? —dijo la Estrella—. Espera y en tres días descubrirás que puedes dormir, puedes morir y puedes resucitar.

La Oruga no entendía nada, pero la Estrella le dijo:

—Yo te cuidaré.

Y se marchó.

La Oruga se quedó sola, muy sola, con el corazón encogido, y comenzó a tener sueño, mucho sueño; se encontraba muy cansada, pues había recorrido el bosque entero y no había encontrado lo que estaba buscando. Antes de que saliera el sol empezó a construir un capullo con su hilo para poder descansar. Después de estar todo el día y toda la tarde tejiendo, casi a la caída del sol, la Oruga ya había terminado. Se metió dentro para, por fin, poder dormir y descansar.

Llegó la noche, pero esa noche la Oruga no produjo ni un susurro, ni una pregunta, nada, pues estaba dentro de su capullo.

La Estrella, se puso muy contenta al ver lo que había pasado

con la Oruga y, fiel a su palabra de protección, lanzó un rayito de luz de luna sobre el capullo de la Oruga. También habló con todos los animalitos del bosque, con la Ardilla, la Rana, la Serpiente..., para explicarles que no tenían que molestar a la Oruga, pues estaba en un proceso de Muerte y Resurrección.

A los tres días, tres tardes y tres noches, el capullo comenzó a moverse. La Estrella, que vio lo que ocurría, llamó a los animalitos del bosque para que acudieran a ver algo maravilloso que estaba a punto de pasar.

Poco a poco el capullo que la Oruga había tejido con tanto esmero se fue cayendo hasta dejar a la vista un despliegue de color.

Poco a poco la Oruga, que ya no era Oruga, se fue moviendo y despertándose, hasta llegar al punto de que, al estirarse del todo, se expandieron unas alas bellísimas.

La Oruga se había transformado en Mariposa.

Comenzó a volar y volar bajo la mirada de todos los habitantes del bosque, que quedaron maravillados bajo ese vuelo multicolor que la Mariposa estaba realizando.

La Mariposa ya sabía lo que podía hacer, podía volar de punta a punta del bosque e iluminar las miradas de todos los habitantes y, como era capaz de hacerlo velozmente, se dedicó también a contar las historias de todos los animalitos del bosque, para que todos pudieran saber de las vidas de los demás y poder ayudarse entre ellos. Y una vez a la semana organizaba un concierto en la charca donde las ranas cantaban para todos los que quisieran escuchar y alegrar su alma.

Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

THE RING

ALEXANDRA BARAHONA DE BRITO



nce upon a time there lived a cat, a beautiful grey cat with green eyes and a tail with a crook on the end. One morning he prayed to the cat gods thus:

—Give me a companion who is born in the winter months, in the frozen Northern Forest, near the River of Mothers, where the Red-Haired People live.

The cat gods heard the request and acquiesced. One winter evening on the first day of the eleventh month of the year, under the light of the moon, a new baby girl was born to the King of the Red-Haired People and the Queen of the frozen Northern Forest, whose first sound was to meow like a cat.

From the moment of her birth, the cat became the most faithful and ever present companion, first to the baby, then the young girl and then a beautiful young woman, in her bed, when she ate, during all her daily activity, even when she swam. Most cats hate water, but this cat learned to love water because the girl loved being in the water.

—You should have been a fish —said the cat to the girl.

—You should have been a human —said the girl to the cat.

One day, the King of the Red-Haired People and the Queen of the frozen Northern Forest decided their daughter must go to

the Land of the Southern Suns to learn all the tricks and ways that young princesses of the North must learn to live in the world of men. The girl did not want to go, but she had no choice. She was given a big suitcase to take her clothes and books, and she asked Cat to hide in it, so that when she arrived in the Land of the Southern Suns she would not be entirely alone.

The journey lasted for seven long days and nights. The girl and Cat were taken in a large carriage, driven by a lame coachman with a gruff voice, pulled by five black stallions known as Fire, Cloud, Storm, Water and Wind. For seven days and seven nights they travelled through different wonderous lands.

On the first day, they passed the Desert Lands, covered in cacti, where there was no water and they nearly fainted with thirst.

On the second day, they passed the Ice Lands, covered in diamond icicles, where no plants grew and no animals lived.

On the third day, they passed through the Jungle Lands, which were filled with so many and such fast growing plants that the horses and carriages were snagged by the tendrils of the vegetation and the gruff coachman had to cut them loose with a bejewelled dagger that the King of the Red-Haired People had given him to protect his daughter.

On the night of the third day, Cat told the girl:

—Tomorrow, on the fourth day of our journey, we will pass through the Whispering Lands. There, voices will whisper and sing to you, but you must not listen to what they say. If you listen to the songs and whispers of this land, you will never be able to go from the present to the future, or from the future to the past, and you will lose all your memories and forget all your hopes.

The girl listened to what Cat said. She trusted Cat more than anyone else in the world. So when they passed the Whispering Lands on the fourth day, she shut her ears so that she would not hear the whispers and songs. But then, the worm of a thought began to gnaw at her:

—What if I am missing something really special? What if Cat is wrong? Surely I could listen, just for a tiny bit? Surely just a tiny moment will not make a difference...

She made sure Cat was not looking at her, and she took her fingers out of her ears for a second. As soon as she did so, she heard whispers like a thousand winds blowing through silver trees, and songs like a thousand waves beating still sands, and through that great rush of sound she heard a single voice, which said:

—Find the ring.

Then she quickly put her fingers back in her ears and all was silence again.

On the fifth day, they passed the Land of Creatures, filled with all the animals the world has ever known, as well as all the animals that have never been seen by any humans. But instead of marvelling at the spectacle, the girl was preoccupied and unsettled.

—What ring is this that I must find? —she asked herself continually—. How am I to find this ring? I cannot get advice, because Cat told me not to listen and if I ask Cat to help me, he will know I have disobeyed. What shall I do? —she asked herself in silent despair—. As these thoughts tormented her, and the idea of the ring possessed her mind, the girl became blind to the wonders around her.

All throughout the journey until then, during which the carriage had never stopped, she had slept soundly each night. The motion of the carriage pulled by Fire, Cloud, Storm, Water and Wind, turned it into a rocking cot, and she slept in peace. But now she was unable to sleep, and her thoughts were spinning so fast that she felt dizzy.

By the sixth day, the girl was beginning to feel quite ill. We do not know which Land she passed on that sixth day because her mind was so taken up with confusion. Finally, on the night of the sixth day, as Cat slept soundly, she cried out into the darkness:

—Please help me, I need help!

A great silence fell across that Nameless Land. Fire, Cloud, Storm, Water and Wind no longer whinnied and their hooves stopped making any sound. The carriage wheels no longer creaked and whirred. At that moment, two little birds flew into the carriage. One was turquoise, as blue as the brilliant southern seas, and the other was as red as a blood ruby.

—Hello little birds —said the girl—. Have you come to help me?

—We are here to help you —said the two birds in unison.

—I will give you hope —said the blue bird.

—I will give you memory —said the red bird.

—And we will show you where to find the ring. But there is one condition. You must put Cat out of the carriage and forsake him forever.

—Oh, but I cannot leave Cat —said the girl—. He is my best and only true friend. How am I to live without Cat? I would die of sorrow.

—You must choose —said the blue bird, its turquoise feathers glimmering like jewels.

—You must decide —said the red bird, its ruby feathers glinting in the light.

All throughout that sixth night, the girl tossed and turned in the carriage as it sped towards her destination in the land of the Southern Suns. This torment was worse than that which had come about when she had listened to the whispers and songs of the Whispering Lands. She missed the frozen Northern Forest near the River of Mothers, and the Red-Haired People to whom she belonged. Should she give up Cat, her most faithful friend, whose love and furry warmth she so relied upon, and which had been the most constant presence throughout her life?

She could not! But if she did not, she would know no peace either, because she would forever be tormented by the idea of the

ring, and the need to find it. There was no good decision to make, no happy choice to be found.

And yet, by the end of the sixth day, as night approached, the girl finally said:

—Blue bird, red bird, I have decided —she said—. I will say goodbye to Cat and then you will tell me where the ring is —the birds assented—. What she did not tell the birds was that she had a secret plan to trick them. As the birds slept on a perch at the top of the carriage, she shredded one of the blankets in the carriage and molded it into the shape of Cat. Then she whispered to Cat:

—Dearest Cat, my friend, please hide under the seat and make no sound. I will tell you later why this must be so.

Cat hid under the seat, and the girl asked the coachman to stop. He did not want to stop because the King of the Red-Haired People and the Queen of the frozen Northern Forest had instructed him not to stop until they reached the Land of the Southern Suns, but the girl begged so well that he relented. They stopped next to an ancient tree whose enormous branches cast a cool shade as far as the eye could see.

—I will leave cat here, at the foot of this tree —said the girl to the birds— and as soon as the carriage door is closed and we have set off again, you must tell me where I can find the ring.

The blue bird and the red bird agreed, and the girl stepped out of the carriage, carrying the bundle of shredded wool that looked like Cat, and laid it at the foot of the tree. Then she ran back into the carriage, shut the door behind her, and asked the coachman to set off again.

As the wheels of the carriage began to whirl and creak, she said to the blue bird and the red bird:

—Now tell me where the ring is.

And the blue bird and the red bird replied in unison:

—The ring is in your dreams, and cannot be got out of them.

You can only have the ring when you sleep, never when you are awake. So you must choose again. We can make it so you sleep forever, and there you will find the ring and what it means. Or you can be awake and only visit it in your dreams, and you will know what it means in the same way we know what dreams mean. Which do you want?

The girl was enraged.

—You have tricked me —she said—. You knew I could not have the ring and know its meaning without sleeping forever, but you let me believe that if I gave up my best and oldest friend I could know where it is and what it means!

The girl was very angry, but the birds would not relent.

As this was happening, the dawn of the seventh day was arriving, the hazy Golden sun of the Land of Southern Suns rising slowly on the horizon.

As the sun rose, the coachman announced in his gruff voice:

—Today at midday we arrive at the Land of the Southern Suns where you must learn the tricks and ways that a young princess must know to live in the land of men, in accordance with the wishes of the King of the Red-Haired People and the Queen of the frozen Northern Forest.

The girl heard this in silence.

Then the blue bird and the red bird said in unison:

—Today at midday, when you arrive at the Land of the Southern Suns we will leave you.

Upon which they retreated to their perch at the top of the carriage and fell asleep. No sooner had they closed their little black eyes than the girl called out to Cat and said:

—Come out from under the seat, Cat, and eat those two birds on that perch, for they have played a terrible trick on me. Then we will go together into the Land of the Southern Suns, and learn what we must according to the command of my father, the

King of the Red-Haired People and my mother, the Queen of the frozen Northern Forest.

Cat crept up to the birds and made as if to pounce and swallow the two birds whole, but he did not want to eat and kill them.

—Blue bird, red bird, fly now quickly and quietly so nobody will see you —he said so quietly and quickly that the girl did not see or hear anything. The birds flew away, leaving only a passing fragrance of hope and memory in the air.

—What a relief —said the girl—. You have rid us of those treacherous birds, Cat. They were so beautiful, but they tricked me and I begin to feel some peace again. —Cat said nothing.

—Now, Cat, I will tell you all that passed between us —said the girl. And she told Cat the story of the Whispering Land, the Birds and the Ring.

Cat still said nothing, looking at the girl with its emerald green eyes.

Finally, it was midday, and the carriage arrived in a city that was a torrid yellow ochre sheltered by a pale blue sky. It was so bright there, that the girl's eyes hurt a little.

The carriage halted in front of a doorway of a large town house, painted in the royal yellow of the satin cloaks of the Emperor of China. On the steps going up to the front door stood an old woman, with long straw-yellow hair wearing a dress made of golden coins sewn together like scales.

—Welcome, daughter of the Red-Haired People and the frozen Northern Forest near the River of Mothers —she said—. Here you will set about learning the tricks and ways that northern princesses must learn to live in the land of men. Please put on this gown as you must wear it at all times while you learn these tricks and ways.

The old woman held out a splendid gown, embroidered all over with pictures of the King and the Queen her father and mo-

ther, and their palace and its gardens, the Land of the Red-Haired People, the River of Mothers, the frozen Northern Forest, the Desert Lands, the Ice Lands, the Jungle Lands, the Land of Creatures, the Whispering Lands, and even the Nameless Land they had passed on the sixth day and of which nothing had been seen but the ancient tree with the vast expanse of cool shade. There were embroidered pictures of the girl at different times of her life, of the carriage, the lame coachman, the five black stallions Fire, Cloud, Storm, Water and Wind, of the red bird and the blue bird, and the ancient tree with the vast expanse of cool shade. And there were pictures embroidered of Cat and the old woman, and even of the embroidered gown itself. Indeed, there seemed to be embroidered upon that gown, in the most intricate and exquisite detail, everything seen and done in the life of the girl.

—And now —said the old woman—, you must put this ring on the index finger of your left hand, the one you use to point. Then you will be ready to learn the tricks and ways that northern princesses must learn to live in the land of men.

She held out a gold ring with an oval turquoise embedded in it. The girl knew with certainty that this was the ring the whispers and songs of the Whispering Land had told her to find. When she put it on, she noticed that an embroidered picture of the ring appeared on the gown, its turquoise stone shining just under her left top rib. When she looked up, the old woman had vanished and the red entrance door of the town house had opened wide.

—Now, my friend, you must go alone —said Cat—. I will see you again, when you return, and then you must tell me the story of how you learned all the tricks and ways that northern princesses must know to live in the land of men.

—Come back soon to tell us how your hopes have fared after learning all the tricks and ways that northern princesses must learn to live in the land of men —said the blue bird.

—Remember it all so you can tell us all the tricks and ways that northern princesses must learn to live in the land of men — said the red bird.

—I will go through that door —said the girl, pointing at it with her ringed finger— and I will return and tell you all I have learnt—. Now she was wearing the dress embroidered with all the things in the world that she had seen and done, she was not afraid. Well, not very much, anyway. She walked up the steps, and walked through the doorway. Cat, and the blue bird and the red bird are sitting patiently there, waiting for the girl to return to tell them all the tricks and ways that northern princesses must know to live in the land of men.

The End

*Dedicado a tod@s los que, de una forma u otra,
me impulsan a volar todos los días,
pues gracias a ell@s aprendo, reconozco y trasciendo.*

UNA MAÑANA DE PRIMAVERA.... VOLÓ

MARGA GARCÍA FERNÁNDEZ-VALERA

Erased una vez un prado iluminado por el sol y salpicado de florecillas de todos los colores y tamaños, sobre todo de amapolas, ¡muchas amapolas! Por él correteaban conejos y cervatillos y demás fauna que, felizmente, lo poblaba.

Bajo una enorme y vieja higuera había un montón de piedras que formaban parte de unas ruinas de lo que antaño había sido, sin duda, el hogar donde habitaron los que dieron vida rural a ese lugar, un lugar donde seguro crecieron hermosas y sabrosas hortalizas, y se recogieron los más jugosos frutos de los árboles que, ahora silvestres y olvidados, crecían entre los matorrales.

Entre las piedras las abejas construyeron un panal, y aquí comienza la historia de una pequeña abeja llamada Violeta.

Violeta era una dicharachera y alegre abeja que salió de su crisálida una mañana de primavera y que, motivada por su deseo de conocer el mundo que la rodeaba, se impulsó con sus patitas y dio un gran salto para salir volando de su celda.

—¡Nooooo! —dijo la abeja reina—. ¿Adónde crees que vas? No puedes dejar el panal así como así, ¡has venido a este mundo a trabajar! ¿Crees que eres diferente a las demás? Aquí dentro tienes todo lo necesario para vivir, ¿dónde crees que podrías encontrar un sustento tan dulce y abundante como el que aquí fabricamos?

Así que no corras tanto, tu misión es ser una más de la colmena, recolectar miel para mí y trabajar por el bien común.

Violeta sintió como sus pequeños ojitos se humedecían por las lágrimas, tanto que el paisaje que tenía delante, con bosques repletos de abetos y hayas y un lago resplandeciente como el sol, se tornó borroso.

Y así la pequeña abeja cortó sus ansias de volar hacia el bosque lejano, en dirección a las nubes de algodón que se dibujaban en el cielo con múltiples formas, hacia los serpenteantes y cantarines riachuelos y hacia las altas cumbres donde planeaban majestuosas las águilas.

Violeta empezó a vivir bajo el mandato de la abeja reina y a encontrar la belleza en las flores que visitaba y a las que les pedía prestado su néctar. Empezó a entablar conversaciones con ellas. Eso contribuyó a que su tarea diaria de recolección fuera más amena y divertida. Le encantaba visitar a los romeros y quedarse embriagada con su olor y con su color azul morado y que siempre, danzarines ellos, se movían al compás del viento. Los pensamientos, con esa cara ancha y esos grandes ojos, siempre se le quedaban mirando cuando ella rápidamente pasaba volando cerca y nunca se paraba, pues su conversación casi siempre era aburrida y monótona. Sin embargo le encantaba platicar con las florecillas silvestres, esas que nadie quiere en su jardín, pero que son capaces de poner color a una montaña entera.

Cuando Violeta estaba triste volaba a visitar al almendro, pues sus flores, con sus pétalos suaves y blancos como palomas, siempre le aportaban paz y sosiego. Y así iba transcurriendo la vida de la pequeña abeja, de flor en flor, recogiendo lo mejor que todas ellas le ofrecían.

Una mañana de otoño el cielo amenazaba tormenta y Violeta se apresuró a llegar al panal. Volaba tan deprisa que no se percató de que un cactus muy alto y espinoso crecía en medio del

camino. Sintió una fuerte estocada en el costado y cayó inconsciente al suelo. La lluvia arreciaba cada vez más abriéndose cauce por los caminos y la pequeña abeja, transportada en una hoja de hiedra, fue a parar al lago, aquel lago que de lejos veía brillar entre las montañas los días luminosos.

La lluvia cesó y con ella un arco iris se dibujó en el cielo. El sol de nuevo iluminó al bosque y su calor una vez más trajo la vida. Los árboles, que todavía goteaban los restos de lluvia, abrían las ramas para dejar entrar sus rayos. Violeta poco a poco iba despertando sobre la hoja de hiedra cuando de repente se acordó que ya debería de estar de vuelta al panal. Rápidamente se impulsó sobre sus patitas, pero no alzó el vuelo, ya que tenía un ala rota. Aturdida, sin saber qué hacer, comenzó a llorar asustada, pues sería presa fácil de cualquier depredador con el estómago vacío. Pidió socorro cuando un alocado estornino se lanzó a pico abierto hacia ella. Violeta cerró los ojos creyendo que había llegado el final, cuando de repente oyó una voz que le dijo:

—¡Agarra fuerte con tus patas las mías y no mires atrás!

Cuando la abeja abrió sus ojos no podía creer lo que vio: una enorme y bella mariposa la sostenía con fuerza. Volaron y volaron sobre los cantarines riachuelos, los gigantescos abetos, las centenarias hayas; volaron junto a la exuberante y ensordecedora cascada que discurre entre las rocas, y volaron más allá todavía, volaron hasta la cumbre más alta, a la par de las águilas. Y allá, donde lejos, muy lejos, se divisaba el prado donde estaba el panal de las laboriosas, obedientes y disciplinadas abejas.

Violeta estaba emocionada y boquiabierta y, cuando fue capaz de articular palabra, le dijo a la mariposa:

—Gracias por haberme salvado la vida y por haberme traído hasta aquí, yo jamás hubiera sido capaz de volar tan alto aunque tuviera las dos alas.

La gentil y grácil mariposa le respondió:

—Las flores siempre me han hablado muy bien de ti; aunque tú no me veías porque estabas demasiado ocupada con tus quehaceres, yo estaba cerca, te conozco.

De repente Violeta se entristeció pensando en cómo iba a volver a la colmena, pues con un ala no sería útil a la comunidad, la repudiarían por ser diferente. La mariposa, que se percató de la situación, le dijo:

—Agarra de nuevo mis patas, te llevaré a un lugar lejano.

Y así fue como abeja y mariposa se alejaron del bosque, del lago, de las montañas y volaron, volaron por encima de pueblos y ciudades hasta que llegaron a un descampado donde se erguía una carpa de circo. Mariposa con abeja volaron hacia ella y aterrizaron encima de un sombrero de mago. El mago, que era un anciano bonachón, aunque un poco cegato, se quedó perplejo al ver aquel extraño tándem. Y, abriendo los ojos de par en par, dijo:

—¿Qué clase de insecto es este? ¿Una mariposa con zumbido de abeja, o una abeja con alas de mariposa? ¡Esto es un milagro de la naturaleza, formará parte de uno de mis trucos de magia!

Y dicho y hecho. Mariposa y abeja se divertían muchísimo todas las tardes viendo las caras atónitas de los espectadores, cuando el mago bonachón sacaba de su chistera ese milagro de la naturaleza.

Y entre aplausos y risas el tiempo iba pasando y otro milagro ocurrió.

Una mañana de primavera Violeta se percató de que de nuevo su ala había crecido. Había llegado el momento.

La abeja reunió a la grácil y bella mariposa y al mago bonachón, que era un poco cegato, para despedirse con gratitud de ambos. La mariposa había guiado su camino y el mago había puesto luz en su vida, y eso jamás lo olvidaría.

Así que esta vez sí que se impulsó con sus patitas y voló,

voló por encima del circo, por encima de pueblos y montañas hasta llegar al mar, más allá de donde jamás imaginó, y lo cruzó a lomos de una algodonosa nube que, casualmente, tenía forma de mariposa.

Y aquí hemos llegado al final de esta historia, aunque nuestra pequeña abeja... sigue con su trayectoria.

LORENZA Y EL SOL

ROCÍO RUIZ RUIZ

Es hora de nacer, ¡venga!, dame la mano, que ahí fuera nos espera el sol; ¡venga, que son las doce del mediodía y se hace tarde!

Estas fueron las primeras palabras que escuchó Lorenza antes de nacer, alguien la esperaba en aquel caluroso día de agosto ahí fuera, era el momento de nacer, así que sin pensárselo dos veces ¡nació!

Allí la esperaba el sol, que raudo y veloz le dio la mano diciendo:

—Venga, no tengas miedo, que esto va a ser divertido; sonríe, abre los ojos, vamos a pasarlo bien y no te preocupes, que de los malos me encargo yo.

Ella era muy pequeña aún para entender lo que aquel astro inmenso y sonriente le decía, pero se dejó llevar. Tampoco tenía otra cosa mejor que hacer.

Y así empezó todo.

Lorenza creció de la mano del sol, a su sombra majestuosa, arropada por su calor incondicional, en un no parar de amigos que iban y venían, de trenes que llegaban y se iban, de trenzas sin peinar, de veranos de grillos y playas enamoradas del mar.

Ser la pupila del sol tenía su gracia, no había niña que brillara

más que Lorenza, que tuviera la risa más pegadiza, la palabra más acertada, las alas más grandes, la purpurina más brillante.

Y entonces pasó lo que tenía que pasar. Un día Lorenza se subió a un árbol jugando, tropezó con una rama y se cayó del árbol, y ¡ay! se hizo daño. Por primera vez las lágrimas visitaron sus ojos asustados. Rápidamente el sol vino a su encuentro y secó las lágrimas de Lorenza, diciendo:

—Tranquila, tranquila, no pasa nada, ven, dame la mano, vamos a pasarlo bien.

La niña le dio la mano y voló con él de nuevo, a su sombra, a su calor, arrastrada por su energía sin fin.

Sin embargo, algo había cambiado; en sus labios todavía tenía un extraño sabor salado, nuevo, desconocido y misterioso. Al día siguiente, aquel sabor desapareció y Lorenza, curiosa, le preguntó al sol:

—¿Por qué ya no noto ese sabor salado en mis labios?

Y el sol le dijo:

—Al nacer te prometí que esto iba a ser divertido, que de los malos me encargaba yo, y eso es lo que hago. Tengo poder suficiente para quemar los recuerdos malos, y hacer así que seas feliz.

La niña se enfadó por primera vez con su amigo protector, ya que le estaba robando sus recuerdos, que eran suyos y le pertenecían. Los quería para ella, y así se lo dijo al sol. Este, molesto con aquella niña ingrata y desagradecida, no entendía por qué Lorenza quería recordar los malos momentos.

—Quiero caerme y recordar que me he caído, que me duela la herida al curarse y que me pique la cicatriz; que cuando vea la cicatriz me acuerde de que me caí, que además luego me levante, que sé por qué me caí y que lo más probable es que me caiga otra vez. Quiero despertarme y llorar porque no sé volar, y seguir llorando porque nadie me va a enseñar y nadie me seca las lágrimas; quiero dejar de llorar y recordar que lloré y dejé de llorar. Quiero cerrar la puerta y cerrar los ojos, y tener miedo de los monstruos que me acechan;

quiero saber que están ahí y que son malos, que yo soy muy pequeña y me van a comer; quiero recordar que después abrí los ojos y que los monstruos se reían de mí, y yo de ellos. Sí, sí, eso es lo que quiero. Y te quiero a ti, con tu calor, tu mano, tu luz, y me quiero a mí, con mis labios salados, todo a la vez —respondió la niña al sol.

El sol le dijo que eso era posible, pero a cambio él se quedaría con su infancia, su adolescencia y su juventud. Y así fue como la niña, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en una hermosa mujer que aprendió a acompañar a las mariposas que vuelan con alas rotas, a aceptar el dolor de las enfermedades que no tienen cura, a acariciar los poemas que no riman, a quedarse callada al lado de las lunas tristes, a caerse y a llorar. Y todavía más, aprendió a calmar las palabras que había dicho de más, a ordenar las desilusiones que no le pertenecían y a mecerse en la oscuridad.

Así pasaron muchos, muchos, muchos años y Lorenza adornó sus ojos con arrugas, sus manos con mágicas tonalidades marrones, su frente con ideas y su cabello se recogía en una larga trenza gris despistada. Durante aquellos años, las lágrimas la habían visitado, y también el sol; incluso, a veces, la visitaban a la vez.

Una tarde de agosto, Lorenza estaba sentada viendo cómo se ponía el sol, plácidamente, detrás del lago dorado, cuando oyó de nuevo aquellas palabras:

—Venga, es la hora, dame la mano, se hace tarde, ven.

Pero esta vez ella espero un poco más. Se volvió despacio y allí estaban todos, como si de una fiesta de cumpleaños se tratara.

Todos desordenados por colores, inquietos, risueños, todos, los buenos y los malos, todos sus recuerdos miraban a Lorenza a punto de aplaudir, mientras ella los abrazaba a todos, de uno en uno, con la alegría del reencuentro y de la despedida; incluso abrazó a los que no recordaba, porque el sol los había borrado. Todos sus recuerdos daban zancos ansiosos, felices de recibir su abrazo cálido, amplio y radiante, el abrazo de la hija del sol.

Ahora sí, el sol se ponía a lo lejos en el horizonte, y ella cerró los ojos mientras pronunciaba las palabras mágicas:

—Es la hora, venga, dame la mano, esto va a ser divertido... vamos.

RAUF Y SU BURRO LORETO

RAFAEL CORTÉS ARRIETA

Erased una vez en una era, pasada la primavera, un parto. Partió el niño recién salido a recorrer el campo. Sus padres miraban anonadados...

—¡Pero qué niño nos ha salido! ¡Qué valiente es, sí que es atrevido!

Todavía no se había lavado el cuerpo de sangre y pieles que ya estaba metiendo las narices por aquí y por allá.

—Parece que esté buscando algo —dijo la madre.

—¡Rauf! —gritó el padre.

El niño se detuvo en seco, dejó de hacer lo que estaba haciendo y se giró. Y allí los vio a los dos, a su padre y a su madre, de pie frente a la puerta de su casa y tres criaturas más con ellos: sus hermanos.

Entonces se acercó tranquilamente, observando a su familia con detenimiento y ya, frente a ellos, les dijo:

—¿Quién me ha llamado?

—Yo, tu padre. Ven a mis brazos, hijo.

El padre de Rauf, también llamado Simón, extendió sus brazos y el niño saltó a su pecho. Sintió el calor de aquel hombre fuerte y peludo, leñador de profesión.

—La suerte está echada —dijo el padre en voz baja, susurrándole al oído.

Entonces el padre, dando su aprobación, se lo entregó a la madre, que desde aquel día se encargó de los cuidados, aunque a decir verdad el joven Rauf estaba ya muy espabilado.

A la edad de siete años, una noche, al acabar de cenar, el padre dijo:

—Rauf, mañana vendrás conmigo y con tu hermano mayor al bosque. Comenzarás a aprender el viejo oficio de leñador.

—¡Bien! —gritó el pequeño.

Su hermano, Sidonel, también se puso contento y le cogió una mano. La abrió y la leyó:

—Ummmm, qué largas y arriesgadas son estas líneas. Veamos qué nos ofrecerán.

A la mañana siguiente, bien temprano, Simón, Sidonel y Rauf se levantaron y, cogiendo las herramientas, se adentraron en el bosque.

Rauf nunca había salido más allá de la cerca de la era y para él todo aquello era nuevo. Veía con asombro aquellos largos y gruesos árboles, escuchaba con atención los sonidos del bosque, los pájaros, el aleteo de las moscas y abejorros, el lejano crujir de las ramas secas, el murmullo imperceptible del crepitar del suelo.

El padre, Simón, lo miraba de reojo, con atención.

—Padre, ¿estos grandes árboles tendremos que cortar? —preguntaba Rauf asombrado.

—Paciencia, hijo, paciencia, pronto verás.

Y pasaron algunas horas más cuando, a lo lejos, divisaron el final de aquel bosque. Una abrasadora luz asomaba. Rauf miraba desconcertado.

—¿Qué será aquello? —se preguntó, y salió corriendo para ver. El padre rio por dentro.

—Ay, qué hijo me ha salido —pensó.

El hermano también miraba contento al pequeño Rauf y volvió a sumergirse en sus pensamientos.

Cuando Rauf llegó al límite, delante suyo se extendía un inmenso desierto de piedra, sal y espinos. Rauf cayó de rodillas, desanimado.

—¡Padre! ¿Qué es esto?

—Es el bosque que talarás —contestó el padre mientras reía junto a Sidonel.

—Pero si aquí no hay árboles.

—Espera y verás.

El padre sacó de su bolsillo una hoz. Tenía el mango de madera y la hoja de plata acabada en una flor.

—Fíjate bien, hijo —se arrodilló y clavó la hoz en la tierra extrayendo, con suavidad y desde la raíz, un espino—. Así has de hacer con todo lo que ves delante tuyo.

—Pero esto no tiene emoción, padre.

—Hijo, te regalo la siguiente lección: «Quien se aburre es burro». Comienza cuando quieras —le dijo, acercándole una hoz pequeña, la que sería su primera hoz.

Estuvieron todo el día cortando espino y cargándolo en sacos de cuero, protegidos del sol con sus ropas.

Rauf encontró que todo aquello era muy monótono, además se pinchaba una y otra vez, llevándose los dedos ensangrentados a la boca para limpiárselos. Su hermano le iba mirando y, de tanto en tanto, le lanzaba piedrecitas para hacerle la jornada más entretenida. Cuando ya anochecía volvieron a casa, ingresando nuevamente en el bosque, remanso de vida y frescor.

—¿Qué tal mi hijo pequeño? —preguntó la madre emocionada cuando le vio regresar— Pero cómo tienes las manos. ¡Simón, pon más atención en tu hijo!

—Carmela, ¿te digo yo cómo tienes que lavarlo? Pues un tanto de lo mismo conmigo, por favor.

Cenaron todos juntos, tranquilos, cansados, contentos de volver a estar reunidos. Rauf, no obstante, estaba muy callado. Su chisporroteante vitalidad parecía apagada. Los dedos le picaban, parecía decepcionado. El padre lo miraba, comprensivo y tranquilo.

A la mañana siguiente, bien temprano, volvieron a partir los tres

hacia el desierto de espinos. Rauf refunfuñó y su padre, con mirada amable, pero serio, le dijo:

—Si no quieres venir, no vengas, pero aquí te quedarás estancado, hijo mío. Tú has de tomar la decisión —Rauf miró entre enfadado y resignado. Dudó por unos instantes.

—Vamos hermano, que yo te ayudo —le cogió de la mano y los tres pusieron rumbo a su destino.

Pasaron los días, semanas, meses y años. Rauf fue aprendiendo el oficio. De tanto en tanto, su padre y su hermano dejaban a Rauf solo en el desierto y marchaban a otros lugares todavía desconocidos por el pequeño. Una de aquellas veces, mientras Rauf descansaba sentado en una piedra, sintió un fuerte pinchazo en su culo. De un salto se levantó y, girándose, vio delante suyo a un pequeño alacrán negro que le estiraba una patita en señal de saludo.

—Eh, pobre humano, ¿estás aburrido? ¿Te puede la desesperación de la monotonía? Soy el arcángel Gabriel, un placer, encantado. Qué trabajo tan duro, ¿verdad? Leñador de espinos, ya sé, ya sé, conozco a tu padre y a tu hermano desde hace tiempo, mucho tiempo. En fin, la monótona vida del desierto. Si, ya sé, ya sé. Sí, encantado de conocerte —y le volvió a estirar la patita en señal de saludo—. Sí, sabes, yo soy Gabriel, el alacrán, no hay casualidades, sabes, tú y yo, aquí, sabes, sí, sí, tú sabes mucho, ya sé, ya sé...

—¿Pero, quién eres? —preguntó Rauf sorprendido y divertido por aquel extravagante y extraño ser.

—Te lo acabo de decir, el arcángel Gabriel. ¿Oye, quieres seguir así de aburrido?

—Eeeeh, pues, no, no, la verdad que no, pero ya me he acostumbrado a mi trabajo y voy aprendiendo a entretenerme.

—¿Tonterías, tonterías, crees que sabes, pero no sabes, yo sé, yo sé. ¿Quieres?

—¿Quiero qué?

—Dejar de aburrirte. Anda, dame tu dedo, el corazón, y a ser posible el de tu mano izquierda.

Rauf, dubitativo, extendió su dedo y el alacrán le dio un pinchazo de mil narices.

—¡Joder! —gritó Rauf.

—Joder, joder, yo no jodo. Yo sé, yo sé, tú sabes, tú sabes.

Y pronto Rauf comenzó a tambalearse moviéndose de un lado a otro.

—Gabriel, ¿qué me está pasando?

—Tranquilo amigo, tranquilo. Ahora empezarás a saber.

Y todo aquel desierto empezó a licuarse apareciendo unas grandes olas, nubes negras vomitando tempestades, rayos y monstruos marinos.

—Gabriel, ¿dónde estoy? ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

—¡Estoy aquí, amigo!

Y Rauf vio al alacrán en cuerpo de capitán subido a un barco grande, a lo lejos.

—¡Coge esta cuerda y sube! —le gritó mientras le lanzaba una gruesa y áspera cuerda —Rauf subió hasta la cubierta del barco.

—¡A navegar! —dijo alegre y valiente el arcángel Gabriel.

Y el navío se alzó en mitad de aquella hecatombe de rayos y truenos, chillidos, colas de dragón y cuerpos de piratas desaparecidos.

—Rauf, asómate por este lado —y Rauf se asomó por uno de los laterales de la cubierta del barco y vio a su padre y a su hermano en una ciudad desconocida para él.

—¡Mi padre y mi hermano! ¿Qué están haciendo?

—Y ahora mira al otro lado —y Rauf, yendo al lado contrario de la cubierta, vio el bosque donde vivía, con su casa, su madre y sus dos hermanas.

—Gabriel ¿qué es todo esto?

—Navegar, navegar, ya tú sabes, ja, ja, ja —rio Gabriel, el Capitán—. Bueno, por hoy ya has sabido, por hoy ya has sabido. ¡Ade-

mán! —gritó alto y fuerte el Capitán y de pronto, tras un trepidante descenso, Rauf se encontró en la misma piedra, al lado del alacrán.

—Gabriel, qué, qué... ¿Qué ha pasado?

—Tú sabes, tú has sabido. Amigo, se está haciendo tarde y todavía no has recogido suficientes espinos. A tu padre no le va a gustar nada. —Y el pequeño alacrán negro se escabulló con agilidad por entre las piedras y desapareció.

—Hijo, ¿cómo te ha ido? —Habían pasado varias horas y su padre y su hermano aparecieron de nuevo.

—Bien, padre, bien. Hoy ha sido entretenido. —El padre notó algo extraño en su respuesta pero guardó silencio.

Por la noche, nuevamente en la casa, cenaron todos juntos, tranquilos y cansados. No obstante, la actitud de Rauf era algo distraída y el padre lo notaba.

—Hijo, ¿qué edad tienes ya?

Rauf lo miró con sorpresa:

—Padre ¿no sabes mi edad? Cumpló la próxima semana catorce, padre, catorce.

—¡Catorce! Fíjate, Carmela, catorce.

—¿Pero tú estás senil o qué, Simón? —dijo Carmela medio enfadada— ¿A qué vienen estas preguntas?

—Me hago viejo, Carmela, empiezo a tener la memoria embozonada.

Tras un breve silencio, el padre continuó:

—Rauf, mañana llevarás al desierto una botella de agua que te dará tu madre y una almohada. Mañana harás un trabajo diferente, que te explicaré a su debido tiempo. Ahora, a descansar.

Carmela miró con terror a su marido, pero no dijo nada. A Rauf todo aquello le estaba resultando muy extraño.

—Sí, mejor voy a descansar, ha sido un día extraño —concluyó el joven.

A la mañana siguiente, bien temprano, salieron los tres. Du-

rante todo el trayecto hubo silencio. Incluso el bosque permaneció callado.

Llegaron al desierto.

—Padre —dijo al final Rauf—, desde ayer estoy inquieto. Han pasado cosas extrañas y siguen pasando.

El padre se colocó delante de su hijo y lo miró a los ojos fijamente. El hermano se puso al lado de él.

—¿Qué está pasando, padre? ¿Qué pasa, hermano? —su inquietud aumentaba.

—Hijo, dame tu mano izquierda —Rauf se la dio y Sidonel, extendiéndola, la miró, viendo la marca del picotazo de Gabriel en el dedo corazón.

—Padre, ya ha llegado —asintió Sidonel.

—¿Que ha llegado? ¿El alacrán? ¿Sabéis algo de lo que pasó ayer?

Y el padre empezó a entonar una vieja canción que decía:

—«En tus labios brilla una sonrisa, que penetra en lo más hondo de mi ser, tú debes de seguir, debes de conseguir que nada te ate aquí». Túmbate en el suelo y no tengas miedo —y el hermano le acondicionó el terreno, retirando las piedrecitas y colocándole la almohada. El padre cogió la botella de agua de su esposa y escupió dentro, con firmeza.

—Hijo, bebe.

Y Rauf bebió, cayendo en un profundo y largo sueño.

—Despierta, rufián, no es momento para dormir —Rauf despertó de golpe y con un golpe en todo el costado.

—¿Gabriel?

—Sí, amigo, ¡rema, rema!

Estaba metido en el vientre de un barco, todo se movía arriba y abajo. Había varios jóvenes como él a su alrededor. Algunos vomitaban mientras remaban; otros, con todo su empeño, se esforzaban en remar más y más.

—No preguntes, rema —le dijo el compañero de al lado.

—Pe, pe...

—No preguntes, ¡rema! —gritaron todos a la vez.

Rauf cogió con fuerzas el remo y con todo su empeño empezó a remar. Escuchaba golpes afuera, largos y agudos alaridos que de solo escucharlos sus pelos se erizaban. Estaba exhausto y alarmado, pero no paró de remar.

Pasaron las horas y todo fue amainando.

—¡Stop! —gritó Gabriel—. Buen trabajo muchachos; los de abajo, soltad remos y subid.

Ordenadamente subieron los muchachos a cubierta. Rauf salió con ellos, ayudado por su compañero de al lado y delante suyo pudo ver un mar de color rojo amoratado con cantidad de trozos de carne flotando. El sol brillaba tibio, era un paisaje desolador.

—Pero ¿qué es todo esto?

—¿Qué era todo esto? Esa es la pregunta correcta —respondió Gabriel—, tú sabes, tu sabes. Una Alindra, terrorífica y majestuosa en su terror, amigo. Llegaste en el momento indicado. ¡Ay tu padre! Él sabe, él sabe.

Uno a uno los jóvenes se fueron sentando, también exhaustos, y se pusieron a comer lo último que les quedaba, un puñado de dátiles secos.

—Toma, come tú también —le ofreció su compañero de al lado—, estos dátiles te darán fuerza. Ha sido un duro y sangriento combate.

—Pero ¿quién ha peleado?

—El arcángel Gabriel contra la Alindra.

—¿Él solo?

—Solo no, pero sus aliados ya se han marchado. Nosotros pasaremos la noche aquí.

—¿Aquí, en este funesto y hediondo lugar?

—Sí, aquí mismo.

Y todos descansaron.

A la mañana siguiente, Rauf, todavía con los ojos cerrados, escuchó el canto de unos pajarillos y percibió el perfume de mil ricos aromas. Abrió los ojos y, para sorpresa suya, observó un hermoso y verde campo con tiendas de seda plantadas en diferentes lugares. Gabriel se acercó:

—Bienvenido, amigo, nuevamente bienvenido. Y ahora dime: ¿qué es el burro?

—¿Cómo? No entiendo.

—Sí, sí, ya sé, ya sé, y tú sabes. ¿Qué es el burro?

—Un animal —dijo titubeando.

—Exacto, tu animal. Allí lo tienes —dijo señalando a un burro de color blanco que había delante suyo, algo alejado—. Este es el regalo que tu padre dejó aquí para ti.

—¿Mi padre? ¿Ha estado aquí?

—Claro, hombre, tu padre, Simón, él sabe, él sabe, así que ¡feliz cumpleaños, amigo! Ve por él.

Rauf se levantó y fue en dirección al animal. A medida que se acercaba, fue sintiendo una gran ternura por ese dócil y bello cuadrúpedo. Ya llegando, el burro dejó de pacer y lo miró con detenimiento.

—¿Tú eres Rauf? —preguntó el burro.

—Sí, ¿tú hablas? —respondió tímidamente Rauf.

—No seas idiota. Habéis matado a una Alindra y me preguntas si hablo. —Guardó unos segundos de silencio y prosiguió, expeditivo—. Escúchame bien, jovenzuelo, soy un burro de sangre real, muy caprichoso, por cierto; así que espero y te invito, siendo una invitación una orden, que tengas los máximos cuidados conmigo. Por cierto, me educaron en el arte de la letra y la palabra y, aunque haya leído muchos libros, ya no cargo con ellos, prefiero memorizarlos. Me gusta la alfalfa y el mazapán líquido. Éste último no es fácil de conseguir, pero con tal de que te aburras un poco sabrás cómo. Por ahora, nada más, jovenzuelo. Déjame un rato descansando antes de partir.

—¿Partir? ¿Adónde?

El burro le miró con sorpresa.

—Rauf, tienes veintiún años, ya es hora de que empieces tu oficio.

—¿Veintiún años? ¿Oficio? Pero si tengo casi catorce y soy leñador de espinos.

—No digas burradas, Rauf, que para eso estoy yo. Mírame bien a los ojos —se hizo nuevamente un silencio entre los dos—. Acepta tu destino.

—¿Qué destino?

—Ser celestino de miles de rimas difíciles. Y ahora, insisto, déjame descansar. No más preguntas por ahora —respondió el burro.

—Eh, Rauf —gritó a lo lejos el compañero de al lado—. ¡Ven aquí a pasar un rato con nosotros.

Rauf dejó al burro paciendo y se fue con sus compañeros.

Caía la noche de aquel apacible día y mientras caía Rauf oyó a su burro rebuznar. Acudió deprisa y lo vio allí, blanco, delante suyo.

—Rauf, me llamo Loreto, disculpa que antes no me presenté. Bueno, no cargo con libros, como bien sabes, pero sí con dos hermosas alas —y mientras lo decía desplegó dos hermosas y amplias alas que Rauf miraba asombrado.

—Ale, sube, mi dueño, que hay que continuar.

—¿Pero adónde, Loreto? ¿Volvemos a casa?

—¿Casa? Casa todavía no tenemos.

—¿Y mi familia?

—¿Tu familia? Tu padre murió hace años y tu madre sigue anciana y viva. Tus dos hermanas marcharon con apuestos caballeros, y tu hermano, con su mujer, porque tiene mujer e hijos, heredó el negocio de tu padre: leñador de espinos. Con él vive tu madre. Ahora, mi querido Rauf, eres dueño de tu destino, que es también el mío. Dime: ¿hay algo más que quieras escribir?

Rauf miró a su alrededor y, después de reflexionar sobre lo que le acababa de decir Loreto, empezó a comprender todo lo que le había pasado desde que aquel alacrán negro le picase en el culo.

Se miró las manos, que comenzaban a estar arrugadas.

—Mi querido Loreto, mi burro aburrido. Claro que hay más por escribir, pero por ahora volemós un poco más. Aun queda mucho mundo desconocido por conocer.

Y Rauf, subiendo a lomos de su burro Loreto, partió hacia el estrellado cielo de la noche en busca de más y mejores aventuras, hecho un hombre, hecho un escritor.

Y colorín colorado, este cuento ha empezado.

THE JOURNEY OF THE SWEET FAIRY CHILD

CARLOTTA BARAHONA DE BRITO

nce upon a time, there was a beautiful fairy child. A sweet fairy child, she was. With long golden locks and a sprightly, fiery spirit.

This golden child was a wanderer. She wandered the land: she skipped by the seas, the rivers; she explored the valleys, the plains; but most of all she wandered the mountains. The forested mountains were her home. She knew each nook and each cranny as a child knows its toys. She knew each crevice, each bump, each bit of those forested mountains.

Now, I have told you that this sweet fairy child was a wanderer. And so she was. But, of course, this fairy child had a fairy mother and a fairy brother and a big fairy family. But the fairy family lived far away, in fairyland. And while the sweet fairy child also lived in that sweet fairyland, her true home, and hers alone, were the mountains, the plains and the seas.

One day this fairy was exploring the mountains, as she often did. The mountains stretched for many, many miles north, south, east and west, and the young fairy had not yet had time to explore them in their entirety. And so, this fine morning, the fairy explored with glee sights unseen. She skipped with joy through the forests. Her light foot kissed the stones as she ran, leaving them smiling

behind her. Sometimes her feet would find no smiling stones to support them, and so they would kiss the earth, which kissed her back, and left her feet dark and dirty. This sweet fairy child loved to be dirty, and on this day, when the stones seemed particularly shy, and the earth particularly welcoming, she shrieked with glee as she covered her feet in thick, wet mud.

As she ran, she suddenly lighted upon a tall, foreboding tree. This tree was huge, thick and strong, firmly rooted in the nourishing soil around it. Few flowers grew near this tree; it seemed to overpower all the flora that came near it. The fairy child was fascinated by this tree. Not least because of its thick, strong trunk. Its trunk was as wide as the fairy, and wider. Its strength and presence astonished her. She drew near the tree. Something told the fairy to be wary of this tall, thick tree, and so she was. She approached it with caution and respect. Her little fairy foot trod, ever so slowly, towards the tree. Her fairy foot took with it her fairy body and her young fairy head, although this head was frightened, and moved far behind the foot. Yet the foot would go on, and it did, and soon enough the fairy stood before the tree. It frowned down at her. It did not smile at her like the stones, nor did it welcome her like the earth. It stood, and it stared. Neither speaking, nor embracing. Simply staring.

Part of the fairy wanted to wrap her arms around the tree, to fiercely embrace it. Yet suddenly her fairy head had ceased to obey her sweet fairy body, and so she stood, mesmerised.

This was the fairy's first encounter with the tree. Before this meeting, the young fairy took no trouble to record in her memory the paths she had trodden. She simply explored, and trusted that no exploration would take her to where she had already been. After this meeting, the young fairy, whose name was Anabelle, began to record her journeys; she wanted to return to the tree, although she knew she shouldn't. The birds had whispered this to her. Anabelle, however, pretended not to hear.

That night when Anabelle returned to fairyland, she was distant from her fairy family. Although she embraced them with her usual glee, her mind was still with her tree. For, you see, it had become her tree. Everyday Anabelle began to visit that tree. At first, she would simply stand before the tree as she had done before. As time went on, she became less afraid, and she would touch and kiss the tree. And the tree kissed her back, although the birds knew that such a tree would never truly kiss a sweet fairy child. The birds did know and did whisper this to Anabelle... But, alas, the young fairy was in love.

One day, Anabelle was on her way to visit her beloved tree. She walked quickly. The mud annoyed her, for it clung to her feet, holding her back. All Anabelle wanted was to be near the tree, and the clinging mud drew tears of fury from her eyes. These eyes were screwed up into tiny slits as she scrunched up her small fairy face in rage. «Stupid trees!» she yelled. «And stupid, stupid mud!» The stones looked at her, forlorn, and Anabelle kicked at them viciously. «Stupid stones» she muttered, and continued walking at a fast, clipped pace.

Soon Anabelle reached the tree. There it stood. Old, tall, strong, foreboding. The same tree Anabelle had met all those years ago. She approached, her heart beating fast. She was anxious to feel the tree's rough bark kiss her soft fairy lips. And so Anabelle drew near.

She stopped in her tracks. A large mirror stood placed right in the middle of the tree's trunk. It was embedded into the bark, securely placed, firm and immovable. The mirror frightened and enraged the child, and she quickly ran to it and tried to tear it out of the tree. Her little fingers tore savagely at the mirror's edges and the tree's bark, trying to dislodge the blasted thing.

—Arrrrrrghhhhh! —she shrieked in fury—. Who has put this here? —she demanded—. The forest was silent. No one would tell Anabelle. And that left her even more furious. The poor fairy was worked up into a near fit of rage. She shook violently, tearing at the

flowers and fruits of the forest's trees, ripping them all to shreds. That night, Anabelle left the silent tree without a single kiss or hug. The tree, like always, remained, while Anabelle skipped away to her dwelling place in the mountain.

The next day, Anabelle returned to visit her tree. As she neared, she immediately saw that the mirror remained rooted in the tree's trunk. The sun shone through the rich leafy canopy, and made the mirror shimmer softly in the rays of light. Anabelle, despite herself, was curious. Indeed, what fairy child could resist such a mirror.

She approached. The sun gently kissed her back, warming her. A strong wind was beginning to blow through the forest. As of yet, only a gentle breeze reached Anabelle, ruffling her light golden hair.

Anabelle stood before the mirror. So far, she had avoided looking carefully at the shimmering, glittering thing. Now, however, she looked straight at it. What she saw frightened her. A wasted, pale face looked out at her. Its eyes were large, dark and desperate. The skin, wrinkled and dry, was stretched tightly over the face's cheekbones, which stood out prominently. The hair, which she saw was a dark, dirty yellow, hung in limp strands around the face. Anabelle stared. Who was this poor, filthy waif, she asked herself. Such a starving, undernourished child, she thought. And why is it trapped inside my tree, she wondered. Anabelle knocked on the glass, and with a start, found that the poor, filthy waif knocked too. She jumped away from the mirror and spat at it furiously. She prepared to run at the tree, ready to kick her savage little foot at the savage little waif, when suddenly, she heard a meow. From behind a group of shrubs, emerged a small, furry creature. Its fur was grey. It seemed to Anabelle the softest thing she had ever seen. She longed to stroke the creature. As if guessing her wishes, the little cat —Anabelle did not know what a cat was, and so thought of the little creature simply as «ib»— drew near, and rubbed itself against the fairy. It purred loudly as Anabelle stroked its soft, shiny fur. Anabelle felt ashamed.

—It saw me prepare to kick the mirror, and, most likely, spit at the tree —she thought—. What will it think of me now? —Yet, just as Anabelle thought this, the cat began to purr louder, and rub its head more insistently against the fairy's knee. It was as if the young cat wanted Anabelle to expel her insecure thoughts from her head.

—I love you —its nudges said—. I love you, I love you, I love you—. So the cat continued to say, with its gently nudging head. Soon Anabelle had melted. She scooped the little creature into her arms and gazed down into its soft grey eyes. Those eyes stared up at her, serious, steady. Again, Anabelle blushed. Those eyes seemed both to comfort her, and make her feel uncomfortable. The fairy felt they could see into her very soul. The eyes urged Anabelle forward. They said:

—«Go on». Go on to where? —she thought. The cat nudged its head towards the mirror—. Oh, silly thing! —she said, stroking its ears—, why do you want me to go to that old thing? There's a creature trapped behind the glass and I'm not the least bit interested in seeing it! —But the cat was insistent, nudging incessantly. Anabelle could not resist its silken encouragement, and so she gently scooped the little ball of fur up, placing it on a soft stone beside her. She then got up, and walked towards the mirror. As she reached it, she turned her head half backwards, and asked loudly:

—Now what, little poo? —The cat began to purr and meow loudly. Anabelle felt its mews were sharp, insistent... piercing. She did not like them. Most of all, she did not like the message they relayed:

—Go on —they said—. Go on. —Anabelle knew what this meant. All the same she muttered

—Go on to where, silly beast—. But, obeying the cat's instructions, she turned her head and looked straight at the mirror.

For the second time, she jumped with a start. The mirror was gone. In its place: a doorway. An old oak frame, lined with deep,

intricate carvings outlined what seemed to be a deep, black hole. Anabelle was afraid. But, with the cat's purring reverberating loudly in her ears, she stepped into the blackness.

All around, noise.

Blackness whirled and enveloped, giggled and spat. Anabelle felt herself flung into deep, dark depths, then sucked up by a vacuum-like force into equally deep, dark shallows. In them Anabelle writhed. She was spun, stopped, squeezed, pinched, stretched and spun again. And just as Anabelle began to think all must be about to end, the dark withdrew. It was sucked up, receding out of the edges of Anabelle's vision as quickly as it had come. Light remained. Bright, blinding light.

Anabelle was conscious of squeezing her eyes tightly shut in an attempt to escape the blinding brightness. She found no relief. Yet, slowly, slowly, the light became softer. As it did, Anabelle suddenly realised she was sitting on something soft and wet. Anabelle reached her hand down and felt; it was mud. Suddenly the young fairy shrieked in joy. She was covered in mud! From head to toe, tip to tail, covered in dark, dirty mud! And she was free! She jumped up and began to leap through the forest in which she found herself once more. Anabelle thought not of where she was. She simply drank in the beautiful sights which filled her vision: trees; fluttering butterflies, glistening with all the colours of the rainbow; young birds chirping, their parents sweeping through the air; a tall tree... A strong tree...

Oh! It was the tree! Her tree! Anabelle stopped in her tracks. She stared. It was her tree... But... The young fairy suddenly thought... It wasn't. The tree had withered. Its bark had turned grey. And, curled up next to it, was the little grey cat. Its large eyes looked up at the fairy. They twinkled. Anabelle scooped the fur ball up and planted a wet kiss of its soft head. She tucked the little cat under her arm, and began to run. Head, body, feet and spirit: one again. She ran and ran.

She was a young fairy child. She was a free, sprightly soul. She ran through and out of the forests, and skipped along the open plains. She felt she had seen all the forests had to offer, and so she ran further, further, all along the sea and across the world. Her fairy feet kissed the earth and the earth kissed her. Her fairy family ran with her, delighted at the adventure. And so they continued, running wild and free, exploring the nooks and crannies and canyons of their Earth. This is the story of the sweet fairy child, Anabelle. Anabelle, this sweet fairy child, lived happily ever after, and if you look carefully enough, you'll just be able to catch sight of her, running, sprightly and fiery, past you and me.

*A mi amplia y diversa familia de origen, a quien amo profundamente.
A mi pareja, con gratitud inmensa por permitirnos este bonito reencuentro.
A nuestra hija y a nuestro hijo, que nacieron ya con alas grandes.
A nuestras maestras peludas, sostén de tanta ternura.
A quienes me siento unida por un hilo invisible que genera un intenso
vínculo de amor.
Y a todos los seres que vuelan con sus particulares maneras de esparcir
semillas de claridad...
Gracias, Juan Pedro, por esta bella experiencia.*

SEMILLAS DE CLARIDAD

ROSA ISABEL MARGARITA

En un lugar no muy lejano, las mujeres se reunían cada verano para decidir las semillas que germinarían al siguiente año.

Así, con mimo y cuidado según lo que su comunidad necesitaba, crecían robles, palmeras o manzanos.

Aunque, a veces, se dejaban llevar por el calor de sus propias pasiones y hacían ojos sordos y oídos ciegos a fortuitos encuentros, liberándose de pensamientos y previsiones.

Se acercaba la primavera, el momento en que asomaban los brotes esperados y crecía entre ellos una planta cuya flor era poco conocida en ese territorio. Las mujeres, reunidas de nuevo delante del fuego, tenían que decidir si era apropiado dejarla crecer, y no se ponían de acuerdo. Se la veía demasiado delicada y sensible. El tiempo no había sido generoso ese año y quizás precisaría de demasiados cuidados.

La más anciana del clan sugirió preguntar a las Jerarquías Superiores. Eso implicaría tener que retirarse al bosque de más adentro para no volver, pero ella sentía que era el momento de abrirse a lo desconocido. Los Superiores le contestaron que la Libertad de la Naturaleza no se puede programar y que esos despistes, en sus cuidadosas decisiones, no eran más que la Naturaleza en su libre actuar.

La anciana se retiró al bosque, no sin antes bendecir con su nombre la nueva flor que llegaría: Verdad.

Verdad creció en un terreno árido e inestable. Tan pronto se sentía embelesada por los cantos a coro de la jilguero y el ruiseñor, como quedaba petrificada por el miedo cuando la tierra se abría expulsando su fuego interno. Fuera como fuera, su quietud era buena aliada en cualquier circunstancia.

Vivió su infancia arrojándose bajo la revoltosa flor Volcán, quien se mostraba desenvuelta entre temblores de tierra y observando de reojo al gélido arbusto Montañoso, que, por mucho fuego que hubiera, no parecía perder nunca su temple.

En ocasiones, intentaba destacar imitando el intenso amarillo del sol con el agotador e infructuoso empeño de brillar, otras se hacía notar por los gritos de rabia que soltaba al sentirse extraña y en soledad.

Y es que dentro de Verdad vivía un gran anhelo por ser vista y oída en la comunidad. Más allá de ser la flor delicada que nació fuera de lugar, ella quería mostrar la fuerza que sentía dentro y que la impulsaba a alzar el vuelo.

La vida para ella transcurría entre rojos y amarillos, aunque había tomado cierta distancia con la edad.

Un día de mayo, un robusto Guardián, coraza por fuera y corazón de pan, le prometió protección eterna. Verdad sentía una inexplicable atracción por ese ser que le daba cobijo, aunque a veces creía que iba a morir ahogada por exceso de riego y otras presentía su muerte marchita por deshidratación.

Fue un tiempo de dedicación completa al cuidado de dos nuevos brotes que nacieron de este amor. Su crecimiento sano retaba a Verdad a ser de nuevo vista y oída para proporcionarles un lugar seguro. Pero, a menudo, se sentía torpe e incapaz.

Un día, sin previo aviso y como si de un regalo se tratara, la madre jilguero-tierra le explicó a Verdad que los ojos sordos y

los oídos ciegos de la noche de verano fueron los causantes de su mal.

A ella le pareció una maldición y estuvo mucho tiempo roja de rabia y haciendo grandes esfuerzos por ponerse amarilla para compensar... Roja, amarilla, roja, amarilla, tanta intermitencia de colores no le daba descanso. Esa información la dejaba en muy mal lugar, pues pensaba que, si esa era la causa para no ser vista ni oída, nunca hallaría la solución.

Roja, amarilla, roja, amarilla... como una fricción interna, algo se calentaba. Poco a poco, a su ritmo lento de esperas eternas que la vida le proponía entrenar, se le fue encendiendo una llamita que llevaba dentro para darle algo de claridad.

Entregada al juego de mirar en su interior, una noche se soñó riendo:

—¡No pueden ser los oídos ciegos, ni sordos pueden ser los ojos! ¡Que los frutos de las pasiones son obra de la Naturaleza actuando en libertad!

Como si de un conjuro mágico se tratara, esa noche de mucho peso la alivió.

Se despertó a la mañana siguiente del color blanco de las nieves, en forma de esfera, repleta de semillas de algodón, ligera y transparente.

Acogió en su corazón el amarillo de su brillar y el rojo de su rabia y agradeció el don del Poder de las Palabras que no juzgan los sentires y ordenan los vivires.

Ese día, supo Guardián que no era protección lo que precisaba Verdad, sino la complicidad de su valor fundamental.

Ese día, supo Verdad que sería el soplo del juego libre de un niño lo que la iba a hacer volar, esparciendo sus frágiles semillas del Mirar y el Escuchar.

Y colorín colorado, nuevas semillas se van volando para aterrizar en otro lugar.

LA TRANSFORMACIÓN DEL BEBÉ ELEFANTE

CARINA CASANOVAS FONTANET

Nuestra historia transcurre en un mágico rincón de la sabana africana. Esa noche de primavera había descargado una fuerte tormenta, aún se veían relámpagos a lo lejos iluminando el Serengueti y, de vez en cuando, se escuchaba algún trueno. El ambiente era frío y desapacible, y la hierba estaba mojada.

Bajo una impresionante acacia parasol, Serena, una enorme elefanta, se había alejado del resto de su manada y estaba pariendo a dos pequeñas elefantitas.

El amanecer en la sabana es el momento en que los animales salvajes salen de su letargo nocturno para cazar para su sustento diario. Se empezaban a oír los rugidos de los grandes felinos y las risas amenazadoras de las hienas.

Nuestra protagonista fue la primera en nacer y, mientras Serena paría a la segunda elefantita, Sensibilidad, quedó sobre la hierba mojada, temblando de frío y miedo. Hasta ese momento había estado siempre acompañada, calentita y protegida en la espaciosa barriga de su madre, escuchando el tranquilizador latido de su corazón.

Sola sobre la hierba mojada, estaba tan aterrorizada que lloró y gritó con todas sus fuerzas, en el lenguaje de una recién nacida elefantita:

—¡Ayuda!

Tan fuerte fue su grito que tocó el corazón de una de las hadas de la sabana, el hada Empatía.

El hada apareció con un revoloteo de alas esmeralda. Con un destello de luz violeta de su varita mágica, tocó a la bebé elefantita y transformó su miedo en calma y bienestar.

Luego le dijo, con el amor y la sabiduría de su magia de hada:

—Pequeña elefantita, eres un regalo para el mundo y la vida te ama. Como has sido tan valiente de pedir ayuda, a partir de ahora te ofrezco el maravilloso don de atreverte y aprender con los desafíos, creciendo en valentía y sabiduría.

Esta capacidad de atreverte llega a ti gracias a tus antepasados y será transmitida a tus descendientes cuando pidan ayuda. Con este don podrás guiar a los miembros de tu manada cuando te lo pidan y mostrarles el camino para descubrir que cada uno es un ser precioso y único de la sabana, para que se atrevan a sentirse libres de recorrer sus propios caminos, unas veces en compañía y otras en solitario.

Este don te ofrece en sí mismo la capacidad de sentirte conectada con el misterio y la grandeza de la sabana a la que perteneces. Por eso te propongo que te llames Conexión.

La pequeña elefantita Conexión se durmió plácidamente.

Cuando despertó, el sol de la mañana ya había secado la hierba y la iluminaba con tonos dorados. Mamá Serena, ya recuperada del doble parto, se acercó a Conexión y la empujó suavemente con su flexible trompa para que aprendiera a alimentarse de su sabrosa y nutritiva leche de mamá elefanta. Ahí, pegada al cuerpo de su madre descubrió otra pequeña elefantita igual que ella, su hermanita Sensibilidad, que le daba empujones para empezar a jugar. ¡Su relación de juegos y aventuras compartidas estaba empezando!

¡Que divertida prometía ser su vida en la sabana africana!

Las dos, poco a poco, fueron descubriendo la maravillosa riqueza de seres que compartían con su manada de elefantes ese espacio

espléndido: plantas, árboles, insectos, reptiles, aves, mamíferos... La vida y la muerte. La alegría y el dolor.

A lo largo de los caminos que recorrió en la sabana, olfateando a veces el peligro y otras la confianza, Conexión vivió muchas aventuras emocionantes y divertidas. Cuando aparecían las dificultades —a veces pequeñas, otras grandes— y surgía el miedo que pretendía cerrar su corazón de elefanta, ella recordaba el amor y las palabras mágicas del hada Empatía y se repetía:

—Soy un regalo para el mundo. La vida me ama. Puedo, me atrevo, avanzo y aprendo.

Y así nuestra protagonista elefanta Conexión recorrió muchos caminos durante muchos años, ya que, al atreverse, se sentía exploradora de sí misma y de la vida, descubriendo la importancia de disfrutar revolcándose en las charcas de lodo y aprovechar los caminos que, aunque parecen los más difíciles, a menudo, si miras con el ojo del alma salvaje e intuitiva, pueden llevarte a descubrir la hierba más fresca y los más bellos paisajes.

LA LOMBRIZ DEL ARENERO

SONIA VALLECILLOS PAREDES

Erasede una vez una pequeña lombriz. Tan pequeña era que casi nadie la podía ver. Vivía en el agujero de un arenero del que nunca salía, pues sentía pánico a la luz del sol.

El arenero estaba en el patio de una gran casa en la que vivía una pequeña niña llamada Valentina, a la que todos los días oía y observaba desde el agujero. La lombriz podía pasar horas y horas, días y días, con la cabecita fuera mirando a la pequeña jugar. En ocasiones, durante los juegos de la pequeña con sus padres, la lombriz sentía una profunda tristeza y lloraba de añoranza. Otras veces, la invadían unos ataques de risa descontrolada por las trastadas y ocurrencias de Valentina; tanto se reía que se revolcaba y revolcaba sobre sí misma hasta que alguna vez estuvo a punto de salirse de su agujero, y en cuanto se daba cuenta corría a meterse de cabeza en su boquete. Era muy entretenido pasar los días desde allí; por eso, los inviernos eran muy largos, aburridos, pues la niña casi no salía de casa. Entonces la lombriz se encerraba y pintaba en las paredes, en las que dibujaba todo aquello interesante que le pasaba: algunas caídas de Valentina, los llantos explosivos, reuniones familiares alrededor de la barbacoa, los juegos a pelota, los saltos en los charcos después de la lluvia, las vueltas de croqueta que hacían la pequeña y sus padres... esas croquetas infinitas que, varias veces a punto estuvieron de arrollar

a la pequeña y curiosa lombriz. En esas paredes había millones de historias, recuerdos, sueños y anhelos... tantos que, al caer la noche y oscurecerse por completo el agujero, las paredes tomaban vida, bailaban, contaban cuentos, hacían teatrillos, conciertos... Aquello era una auténtica belleza de magia y emoción. La pequeña lombriz miraba y admiraba absorta el encantamiento de aquel maravilloso momento... Deseaba que no acabase nunca y, de hecho, nunca se acababa, pues la lombriz caía en un bello sueño noche tras noche dejando que las paredes continuasen el sortilegio.

Una mañana, estando aún en su cama, un rayito de luz travieso se coló extrañamente por el agujero y tocó su cara directamente. Al notar el calor, la lombriz se despertó sobresaltada y corrió asustada al rincón más sombrío, se enrolló en sí misma y comenzó a llorar desconsoladamente. Lloró y lloró hasta no poder más, y entonces decidió abrir, lentamente, un ojo y después el otro para cerciorarse que el rayito ya había desaparecido. Al fin pudo respirar. Agotada por el desgaste emocional, empezó a moverse lentamente, reconociendo que todo en su casa seguía en orden. Fue ganando fuerzas y recomponiéndose del susto cuando... los gritos y risas de Valentina latieron en sus oídos y resonaron en su corazón.

—¡Qué bien! —pensó—. Es lo mejor que podría pasarme en este momento.

Y decidida, aunque lenta, subió el camino de su agujero y asomó la cabeza.

—¡Qué susto! —gritó la lombriz. Allí, bien cerca, muy muy cerca, estaba la niña, más cerca que nunca. A esa distancia, era casi monstruosa y... más inestable, se movía con torpeza y parecía que en cualquier momento se iba a desplomar sobre ella. Pero..., qué entusiasmo, qué alegría de vivir desprendía aquella niña, casi podía olerse tanta frescura y vitalidad. La pequeña lombriz estaba encantada con aquella inesperada visita, hasta que de pronto: ¡Pataplám! La niña cayó al suelo e inmediatamente lloró y gritó con una intensidad sobrehumana.

—¡Está loca! —pensó la lombriz—. ¡A ver si calla de una vez, esto no hay quien lo soporte!

Para consolarla, sus padres le propusieron jugar con el cubo, el rastrillo y la regadera en el arenero... el arenero donde vivía la lombriz... que, al darse cuenta de qué iba el juego, empezó a temblar de miedo y corrió al interior de su agujero. No tardaron mucho tiempo en producirse desprendimientos de tierra, inundaciones y todas las inclemencias que a aquella endemoniada niña se le iban ocurriendo. La lombriz se aferraba a sus pocas pertenencias, cada vez más llenas de arena y agua. Luchó contra arena y marea desde su lugar, su único lugar en el mundo, su casa, su agujero. De repente, un nuevo desprendimiento dejó su casa al descubierto, permitiendo que el sol entrase con toda su intensidad y fuerza; el pánico la invadió, cerró los ojos fuertemente y se enroscó en sí misma... «Ojos que no ven, corazón que no sufre», pero sí, sufría mucho. Pensaba en sus mágicas paredes, aquellas de las bellas historias, las de los sueños y anhelos...

—¿Ahora qué? —se preguntaba una y otra vez, pero ya no había nada que perder. Entonces sintió el abrazo del sol, ya no podía huir, los rayos no la obedecían a ella y se rindió al calor, ya que algo en su interior le decía que algo bueno podía pasar; así que, confiando en esa sensación, abrió primero un ojo y después el otro. Lo primero que pudo ver fue su propio cuerpo aún enroscado, un hermoso cuerpo para su sorpresa. Jamás había visto esos colores, jamás en su piel. Poco a poco empezó a desenredarse observando la sinuosidad, flexibilidad y armonía en sus movimientos. ¡Cuánta belleza oculta, sin permiso! No podía dejar de mirarse y admirarse, la oscuridad escondía el brillo que la luz mostró. Aún fascinada, dio permiso a su cuerpo para que siguiera mostrándole todas aquellas maravillas de ella, en ella misma. Pero lo más maravilloso fue descubrir como en su piel estaban trazadas todas las historias que había dibujado en las paredes de su casa. ¡Cuán sorprendida estaba la lombriz! y cuán sorprendida quedó tras levantar la cabeza y descubrir dos enormes

ojos que la miraban fijamente: era el rostro de la pequeña Valentina, que la miraba con sorpresa y curiosidad mientras llevaba su lápiz al cuaderno en el que retrataba a la lombriz con sumo cariño. Era un juego romántico: la lombriz posando y la niña dibujando. La lombriz disfrutó del momento, pasaron las horas y les sorprendió la noche. Cuando el último rayo de sol se escondió, la lombriz quiso ver el retrato y fue increíblemente mágico descubrir que en aquel dibujo estaba ella, su cuerpo y sus colores, y también había movimiento, música, cuentos... La piel dibujada contaba los recuerdos y anhelos de aquellas paredes, momentos pasados y otros futuros.

Emocionada, la lombriz quiso agradecer a Valentina el descubrimiento; así que se acercó a ella y, como una suave caricia, le subió por la mano, el brazo, el hombro, el cuello y, al llegar a su oreja, le susurró algo tan bonito que nunca olvidaría.

UNAS NOTAS MUY ESPECIALES

ALICIA GÓMEZ ROIG

Erase una vez un escenario de teatro, donde dos notas distraídas se han quedado solas: DO, alto y fuerte, y LA, de estatura mediana, sonriente y muy viva. Se saludan, comentan que el dueño del tambor las ha perdido y, sin más preocupaciones, deciden buscar la salida. Sus compañeros de pentagrama están de cena en algún bar, dentro de un maletín.

DO y LA empiezan a descubrir la ciudad, pueden pasear, se acercan a la playa; en el cielo la luna está en su fase creciente, brilla con gran intensidad y les prepara un columpio donde seguir conversando sin parar. Tienen muchos temas de que hablar, inquietudes, ilusiones... Pasan las horas, y el sol hace amago de salir. Cuando las ve tan felices, se oculta entre las nubes y, en el momento que entornan los ojos de cansancio, manda al dios del viento, Eolo, que las recoja y las lleve a la cima de la montaña que corona la ciudad.

Al cabo de unas horas se despiertan con los sonidos de las aves que les sobrevuelan. No están acostumbradas a esas melodías; aun así, les gustan. En cuanto les saludan, las aves les reconocen y les ayudan a encontrar al dueño del tambor, transportándolas en sus alas.

El resto de compañeros duermen, siguen en el pentagrama, y no saben lo que hay fuera de él. Entonces DO y LA se miran, y se dan

cuenta del regalo que han tenido esa noche tan larga. Descansan con los demás, pero su vida ya no será igual.

Al cabo de unos meses, LA ya no puede ser ni fusa, ni corchea, esas figuras que las notas pueden adoptar para sonar más rápidas en la obra que representen. Empieza a engordar, y la dejan de redonda, en los finales del pentagrama, así no tendrá que correr, sólo sonar 4 tiempos seguidos como si pasara lentamente. LA es feliz; los demás no lo entienden, pero ella está llena de júbilo y alegría. DO se escapa como semigarrapatea, la figura más rápida de las notas; cuando nadie lo ve, abraza con cariño a LA y vuelve ipso facto a su posición en el pentagrama.

Una mañana, LA da otro sonido más agudo: un SI. Es tan débil y pequeño que sólo parecerá un «picado» sin acentuar y pianissimo.

El dueño del tambor, con un oído muy fino, nota algo raro en la melodía que dirige: hay una nueva nota que aparece en la pieza musical. Cuando la localiza y descubre lo que ha pasado, lleva a DO, LA y SI a un pentagrama vacío y los olvida por un tiempo.

DO y LA arropan a SI, llaman a sus amigas las aves y se van a otra ciudad. Allí hay más pentagramas, con diferentes claves —la de FA, la de DO—, más tiempos desde andante, allegro, vivace... y lo más alucinante es descubrir todos los instrumentos con los que podrán cantar.

DO y LA siguen felices y, para que SI no esté tan solita, traen a RE, al cabo del tiempo a MI, después a FA y FA sostenido, y finalmente a SOL. Con todos ellos van en busca del piano y cantan todas sus piezas. Al ir con el violín, conocen a otras familias como ellos, más agudas, más graves; los pequeños de la familia prefieren el virtuosismo del piano, les encanta hacer arpeggios con la forma de semifusas, y los aventureros saltan de cuerda en cuerda de instrumento, pasan por violonchelos, bajos, arpas... y llegan al viento, consiguiendo participar en interpretaciones para flauta, trompeta, clarinete, saxo... Evitan el tambor porque tienen referencias de olvidos y enfados y, por fin, un día descubren la voz humana... vaya. ¡Oh!

DO y LA se quedan entre piano y violín, pero sus hij@s quieren volar más alto y sentir el corazón humano, el de los seres vivos, el del mar, el del viento...

Cuando una persona les canta, las notas reciben pequeños abrazos. A veces, si la persona está triste, apretuja a las notas con fuerza para pedirles ayuda y entonces se hacen más suaves, y casi no se pueden oír. Hay todo un universo por descubrir, porque cada vibración de una de esas notas contribuye al desarrollo de las demás.

Si aprende a cantar con muchos instrumentos, viaja por distintos países... es consciente de que a veces puede provocar tristeza, nostalgia o pena, según con quién se una en el pentagrama y cómo estén los seres vivos a su alrededor. Empieza a creer que es culpa suya, que se ha de esmerar más, ser mejor. Va olvidándose de cómo le gustaba sonar, porque ahora ha de contentar al resto de instrumentos, a los cantantes, al público.

Un día, en el concierto de verano, desafina; al sonar lo hace como DO, después como RE, lo intenta de nuevo y sigue como MI... acaban sacándola del pentagrama, dejándola al lado de un triángulo y unas castañuelas. Estos instrumentos de percusión no suelen jugar con ella, ni con nadie parecido, pero la ven tan triste y hundida que la cuidan con el mayor cariño que saben, y hacen sus ritmos lo más vivos posible. Con el sonido del triángulo, a SI le comienza a bombear más rápido el corazón y despierta asombrada, nota una gran alegría y recuerda en qué instrumentos se encontraba más cómoda al participar, y también le viene a la memoria la velocidad a la que se combinaba con el resto de notas, cómo le gustaba formar parte de un grupo armonioso. Vuelve a sentir las emociones que transmitían las voces humanas, los cantos de los pájaros, las llamadas entre distintas especies animales, el sonido del viento, el frescor que recibía cuando era corchea y corría por la montaña, cómo participaba como blanca en los conciertos de ballenas y delfines en el océano, y se da cuenta de que todo está conectado y que ella forma parte de ese todo completo.

Se transforma en máxima, la figura más larga de la música: dura treinta y dos enteros, y no para de sonar feliz al saber que no está sola y puede ayudar a los demás.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

UN CAMINO BRILLANTE

LOLA SÁNCHEZ RAMÍREZ

n bonito día de verano, de esos raros en los que el sol brilla a gusto de todos, una ardillita de pelo color bronce y larga cola de crema se encontró a sí misma paseando por un sendero del bosque, sin llevar para el viaje nada de lo que cualquier ardilla sensata habría previsto. Ni agua, ni unas nueces para comer, ni un saco de dormir, ni siquiera un pañuelito para el cuello por si la noche refrescaba.

El bosque se mostraba con uno de sus mejores vestidos, el verde irisado y brillante, el que se pone para la recepción de los más ilustres caminantes, y ella estaba dispuesta a no desaprovechar esa oportunidad.

Así que, sin pensarlo demasiado, arrancó a caminar y, como no iba acompañada, nadie le advirtió en ningún momento de que no se alejara demasiado porque luego tendría que volver. La ardillita ardía en deseos de ver hacia dónde llevaba ese sendero y en su cabeza disfrutaba con dejar atrás lo conocido e ir más y más allá.

En un recodo del camino bajó la vista de los altos árboles y del azul y el blanco del cielo y distinguió la sombra de un jabalí, que gruñía unos pasos más adelante y escarbaba en la tierra con su poderoso hocico y sus colmillos afilados.

—¡Qué miedo! —pensó la ardillita, mientras contenía el aliento,

a la vez que admiraba embelesada la envergadura del jabalí, su vigor, su fuerza y su figura imponente y amenazadora, y se daba cuenta de la soledad del animal. Así que se atrevió a rodearlo y a estudiarlo desde distintos ángulos para no perderse nada de tan varonil presencia.

Otros animales pasaban cerca de la ardillita y la alertaban:

—¡Cuidado con el jabalí! Es un animal infame.

Pero ella había comprendido que él era un ser noble y solo hacía honor a su naturaleza. Así que volvió al sendero y siguió su camino.

Unos trotecillos más adelante, al lado de un charco enlodado, la ardillita descubrió a lo que un humano llamaría un insecto que emitía un sonido inquietante, atrayente y repelente a la vez. Quería alejarse y seguir su camino, pero el insecto la acompañaba. Con el sonido emitía, además, un olor realmente molesto que alejaba a las demás criaturas y dejaba mustias a las más lindas flores.

La ardillita intentaba huir, imitando el paso de las gacelas, pero el insecto volvía a aparecer a su lado, incomodándola enormemente. Y, molesta, lo miró y vio que tal vez él le estaba pidiendo algo que ella no alcanzaba a entender. Y le limpió las alas liberándolas del fango que las cubría, permitiéndole así volar libre y dejarla un poquito en paz.

El sol estaba ya más bajo, y sus rayos rebotaban en los troncos de los árboles arrancando destellos a las gotas de resina, y la ardilla llegó a un punto del camino en el que no podía avanzar.

—¿Cómo es posible? —se preguntó—. ¿Qué sucede aquí?

—Es un espejismo —le contestó una voz en off.

—¿Un espejismo? ¿Y ahora qué? ¿Por dónde paso entonces? El bosque es de todos: ¡tengo mis derechos!

Y trató de bordear el espejismo, yendo kilómetros a la izquierda y luego a la derecha, tratando de trepar y también de escarbar en la tierra, incluso trató de ignorarlo... pero se le iba el sol y no avanzaba y, furiosa, recordando al jabalí, le gritó a la voz en off:

—¡Eh, tú! Me vas a estropear el día. ¡Deseo ir al otro lado y ascender por esa ladera para ver ponerse el sol! ¿Hola?

Se dio la vuelta reticente —porque no iba con ella esto de abandonar las cosas a medio camino—, dispuesta a volver a su árbol, re-funfunando en voz baja, pero entonces descubrió que había dejado el espejismo atrás.

—¡Qué tonta soy! —rio divertida—. ¡Lo único que no había probado!

Siguió el sendero, que ascendía abruptamente con el mayor cambio de rasante que jamás imaginó, y ante sus ojillos brillantes se extendía una inmensa llanura, llena de flores silvestres de todos los colores y especies a las que el sol vespertino teñía con destellos dorados y sabor a miel. Empezaba a refrescar, y la primera gota de rocío cantaba la nana del día que se iba.

La ardilla no se atrevía a moverse, subyugada por toda la belleza que se conjuraba en ese momento. Solo una mantis religiosa con unas grandes gafas seguía con su ritmo, formando parte de esa naturaleza hermosa y altiva. Y la ardilla, siguiendo su ejemplo, empezó a saltar y a revolcarse entre las flores, chillando de felicidad como solo las ardillas saben hacerlo y agitando los tallos de los dientes de león para ver cómo volaban sus semillas por el aire. Después volvió a la mantis y mirándola a los ojos, comprendió que les gustaba estar juntas.

En algún lugar del bosque, en algún punto del tiempo, la ardilla retomaría el sendero, pero ese, amigas, es otro cuento.

FLORS EN EL CAMÍ

GLÒRIA PLADEVALL MONTAÑA

Hi havia una vegada una princesa que va néixer en un castell preciós. La princesa va arribar amb unes ales amb els colors de la primavera i amb estrelles daurades de diferents mides que brillaven com el sol. La princesa venia carregada de regals per desembolicar i que hauria d'obrir en els moments importants de la seva vida. El seu àngel li havia dit que ja l'avisaria dels moments en què calia obrir els regals, i que aquests serien el reconeixement d'haver entrat en una nova etapa i portarien força i saviesa.

Al castell, feia temps que la seva família l'esperava: el pare, que havia construït el castell pedra per pedra i maó per maó amb les seves mans; la mare, que cuidava la família i el Castell, i la germana, que havia nascut tretze anys abans. Van posar-li per nom Bienvenida.

La Bienvenida va anar creixent bonica i reservada entre els passadissos del castell. Jugava imaginant-se un personatge, s'amagava entre les tomaqueres de l'hort a l'estiu, ballava al voltant de la taula del menjador al so de la música del tocadiscos i corria alegre explorant els camins del bosc estenent les seves acolorides ales.

La Bienvenida va començar a conèixer altres nens i nenes amb qui a vegades sabia jugar i a vegades no. També va començar a conèixer altres adults i a entrar en altres castells. A vegades les seves ales no eren adequades per entrar per les portes d'aquests espais, i

la Bienvenida retallava una mica les seves ales per poder-hi entrar. Normalment la retallada que requerien les seves ales era petita i insignificant.

Els regals amb els quals la Bienvenida havia arribat al castell quan va néixer, l'àngel els hi va guardar a dins d'un cofre sota el llit. La Bienvenida, quan posava el cap al coixí abans d'adormir-se, sovint recordava unes paraules que l'àngel li havia dit: «Aquí tens els obsequis per a la teva vida. Els podràs anar obrint quan sigui el moment i quan tu estiguis preparada. Tingues cura de les teves ales i protegeix els tresors que t'han estat donats». Ella no n'havia parlat mai amb ningú, d'aquest tema, ni ningú semblava que recordés que ella havia vingut amb uns regals.

Un vespre la Bienvenida, cansada i trista, va mirar les seves ales: retallada a retallada, per haver passat per portes massa petites i estretes, li havien quedat minúscules. I sense unes ales àmplies i ben esteses no podia córrer amb vitalitat.

No tenia ni idea de si les ales podien créixer de nou i com es podia fer. Va posar els regals que li havia donat l'àngel en una motxilla, va acomiadar-se de la família i del castell i va emprendre camí.

La Bienvenida va caminar per camins llunyans, va trepitjar territoris on la gent parlava altres idiomes, va conèixer persones que li van obrir portes grans i àmplies de les seves llars on es podia entrar amb ales grans.

Tot fent camí, va trobar una plana emboirada plena de joves amb ganes d'aprendre les lleis numèriques que regeixen l'Univers i van demanar a la Bienvenida si es podia quedar un temps amb ells per aprendre amb ella a calcular la distància entre els planetes, a identificar les constel·lacions en el cel estrellat... Ella s'hi va quedar un temps i es va adonar que, tot estant amb l'alegria i la inquietud dels joves concentrats en els números i les preguntes de la vida, les seves ales havien crescut una mica. L'àngel li va dir que era moment d'obrir un regal dels que tenia: un ram de roses vermelles precioses amb punxes a les tiges.

La Bienvenida buscava una llar on acomodar-se i va trucar a la porta d'una ermita amb un ermità disposat a compartir la seva llar. Les seves profundes mirades es van creuar i es van enamorar. L'àngel li va xiuxiuejar que era moment d'obrir un altre regal i aparegué un ram de delicats lliris blancs.

L'ermita es va omplir de riures i plors de dues nenes, primer una i després l'altra. L'àngel va comunicar que estava preparada per obrir un nou regal, un ram de margarides blanques.

La Bienvenida i l'ermità, en una de les seves caminades pel bosc, van veure un roure alt i ferm amb pit-roigs cantant a les seves branques. Van decidir construir la seva llar al costat d'aquell roure. Va ser moment d'obrir un nou regal, uns geranis vermells iguals als que la seva mare tenia a les finestres del castell.

La Bienvenida mirava de tant en tant les seves ales, i les ales havien crescut una mica més. Ja hi havia algunes estrelles daurades com les d'abans brillant intensament com el sol.

La Bienvenida féu un hort amb les flors i també altres plantes i fruiters. Li agradava passejar per l'hort i pels voltants de la nova llar amb una cistella, i recollia fruits i flors. N'oferia als caminants amb qui es creuava, però sovint rebia un no per resposta: li deien que aquell ram era preciós, però que no el necessitaven. La Bienvenida se sentia decebuda que les seves flors i els seus fruits cuidats i collits amb amor no fessin falta. Però ella seguia cuidant el seu hort i les seves flors.

Després d'un temps, un dia una velleta que venia de lluny va trucar a la seva porta i li demanà un ram d'espígol i ella n'hi oferí. Un altre dia, la velleta tornà i li demanà un grapat de mores i ella n'hi oferí. I com si així hagués de ser, caminants joves i grans van començar a trucar a la seva porta perquè la Bienvenida els oferís unes maduixes dolces, un ram de romaní o un grapat de cireres acabades de collir.

Una nit, just abans de ficar-se el llit, contenta d'allò que havia ofert durant aquell dia, l'àngel li xiuxiuejà que era moment d'obrir

un nou regal: una gran hortència amb flors roses. La Bienvenida es va adormir al costat de l'ermità, agraïda de les flors amb què havia estat obsequiada al llarg de la seva vida i sabent que encara quedaven regals per obrir. Les seves ales descansaven a les seves espatlles i estaven recuperant la mida i els colors de quan era nena.

La Bienvenida recordava a les seves filles que elles també tenien regals que anirien obrint al llarg de la seva vida i que el seu propi àngel les guiaria. En les visites a la família i al castell d'on venia, la Bienvenida sempre duia la cistella amb algun regal de l'hort i del bosc on ella vivia, i mostrava a les seves filles els amagatalls d'aquell preciós i vell castell on ella jugava de petita.

*Dedico este cuento en especial a mi familia: mi papá, mi mamá, Noemí, Patrick y Jon.
A mis amigas, en especial a Rosa, Cristina y Montse, que me acompañáis en este cuento.*

A mi Churri por saborear mis tostones.

A mi Elefanta Blanca «Jennifer», que hace que todos los domingos junto a ella sean especiales.

Aprovecho esta dedicatoria para recordar a los lectores que no todos los niños tienen la suerte de poder convivir con sus familias. Desde 2016 disfruto de domingos de diversión mediante la modalidad de acogida de fines de semana, creo que es una forma de ayudar y sacar nuestro niño interior sin tener que cambiar nuestra vida de forma drástica.

LOS NIÑOS PIEDRA

NATALIA LÓPEZ MOLERO

Había una vez una aldea, en la cual todos los habitantes nacían con una piedra ligada a su dedo corazón. Durante el transcurso de su vida esas piedras cambiaban de peso y forma.

En una de las familias había tres hermanitos: Federico, Luz y Sofía.

Luz, la segunda, era una niña bajita, gordita, rubia y con los ojos azules. Federico, el hermano mayor, era lo opuesto a ella, moreno, alto, delgado y con los ojos oscuros, por eso odiaba tanto a Luz, ya que eran completamente diferentes tanto física como mentalmente.

Sofía, la hermanita pequeña, siempre estaba en medio de las peleas de Federico y Luz, intentando que la paz reinara, pero no había forma.

Cualquier cosa podría hacer explotar la bomba y hacer que las piedrecitas de ambos cambiaran de forma. Cuanto más se peleaban más pesadas se hacían las piedras; algunas veces las piedras pesaban tanto que los hermanos no podían casi andar. Algunos días llegar al colegio era una hazaña.

Según el día de colegio, salían con la piedra más grande o quizás algo más pequeña. Pero estaba claro que la piedra con la que llegaban ya era bastante grande y pesada para estorbar.

Luz tenía un grupo de amigas con las que jugaba, las cuales te-

nían también sus piedrecitas grandes y pesadas. Entre ellas intentaban hacerse las piedrecitas más pequeñas, a ver si un día con suerte dejaban de pesar para poder correr y jugar al escondite, al pillapilla, etc.

Pasó el tiempo y las piedras iban por días: a veces una venía con la piedra pequeña y otras con la piedra grande, a veces coincidían en tamaños y otras no, y así. Según fueran los acontecimientos las piedras tenían uno u otro tamaño.

Las piedras estaban vinculadas a cómo se sentían. Cada cual tenía la responsabilidad de ella y su piedra, pero no eran capaces de controlarlas.

Las amigas de Luz y Sofía hicieron un plan con la intención de poder perder las piedras y sentirse ligeras. Fueron a visitar a una bruja que vivía en otro reino esperando que les diera la solución.

La bruja les pidió que encontraran un polvo mágico que se hallaba escondido en un bosque cercano, custodiado por una Elefanta Blanca, la cual lo único que les pediría sería un poco de compañía, ya que se sentía sola en ese bosque.

Tal como dijo la bruja, la Elefanta Blanca les dio el polvo a cambio de la compañía de las niñas.

Luz, su hermana y las amigas volvieron al castillo de la bruja con el polvo mágico contentas de que, por fin, podrían perder las piedras.

Una vez entregaron el polvo a la bruja, esta les dijo:

—Estos polvos son mágicos: cuando os pase algo que os suele hacer grande y pesada la piedra, poneros un poquito en la frente. Aun así es normal que la piedra a veces sea grande, por ello os doy un plano para que podáis construir una carretilla de madera para esos tiempos difíciles, que igual que llegaron también pasarán.

Las niñas se fueron un poco confusas. No era la solución que ellas esperaban.

Luz fue la primera en utilizar el famoso polvo en una de las peleas con su hermano; cuando se puso el polvo en la frente, la res-

piración se volvió pausada y veía un pensamiento de GRACIAS en su cabeza, sintiendo paz. Así ella dejó de entrar en batalla, hasta que un día, con tranquilidad, ella y su hermano lograron ver que las diferencias podrían unirlos en vez de separarlos.

En los tiempos revueltos las niñas jugaban con sus carretillas que les ayudaban a transportar la piedra con agilidad, sabiendo que más adelante podrían prescindir de ellas por temporadas.

Y no solo ganaron unos polvos mágicos y carretillas, sino que además ganaron una gran amiga, la Elefanta Blanca, de la cual disfrutaron durante muchos años.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

EL ANILLO

ALEXANDRA BARAHONA DE BRITO

(Traducción de la autora del cuento)

Érase una vez un gato, un bello gato gris con ojos verdes y una cola con un pliegue en la punta. Una mañana rezó a los dioses de los gatos así:

—Dadme una compañera que nazca en los meses de invierno, en el gélido Bosque del Norte, cerca del Río de las Madres, donde vive la Gente Pelirroja.

Los dioses de los gatos escucharon la petición y consintieron. Una noche de invierno, en el primer día del undécimo mes del año, bajo la luz de la luna nació una niña, hija del Rey de la Gente Pelirroja y de la Reina de gélido Bosque del Norte. El primer sonido que hizo fue maullar como un gato.

Desde el momento de su nacimiento, el gato se hizo su compañero siempre presente y más fiel. Dormía en su cama, la acompañaba mientras comía, estaba con ella durante todas sus actividades diarias... hasta cuando nadaba. La mayoría de los ga-

tos detestan el agua, pero este gato aprendió a amarla, porque a la joven le gustaba nadar.

—Deberías haber sido un pez —dijo el gato a la joven.

—Deberías haber nacido humano—dijo la joven al gato.

Un día, el Rey de la Gente Pelirroja y la Reina del gélido Bosque del Norte decidieron que su hija debería ir a la Tierra de los Soles del Sur para aprender todos los trucos y modos que una joven princesa del Norte debe aprender para vivir en el mundo de los hombres. La joven no quería ir, pero no tenía otra opción. Le dieron una gran maleta para llevar su ropa y sus libros, y le pidió al gato que se escondiera entre su ropa, para que cuando llegaran a la Tierra de los Soles del Sur no estuviera completamente sola. La joven y el gato fueron llevados en un gran carruaje, conducido por un cochero cojo con una voz profunda y ronca, y tirado por cinco sementales negros llamados Fuego, Nube, Tempestad, Agua y Viento.

El viaje duró siete días y siete largas noches. Viajaron por extrañas y maravillosas tierras.

El primer día pasaron por las Tierras Desiertas, cubiertas de cactus, donde no había agua y casi se desmayan de la sed.

El segundo día pasaron por las Tierras Heladas, cubiertas de carámbanos como diamantes, donde no crecían plantas ni vivían animales.

El tercer día pasaron por las Tierras Selváticas, que estaban tan llenas de plantas que crecían tan rápidamente que los sementales y el carruaje fueron enganchados por los zarcillos de la vegetación, y el cochero de voz ronca y profunda tuvo que cortarlos con un puñal enojado que el Rey de la Gente Pelirroja le había dado para proteger a su hija.

En la noche del tercer día, el gato le dijo a la joven:

—Mañana, el cuarto día de nuestro viaje, pasaremos por las Tierras Susurrantes. Allí hay voces que te susurrarán y cantarán,

pero no debes escuchar lo que te dicen. Si escuchas las canciones y murmullos de esta tierra, nunca podrás viajar del presente al futuro, ni del futuro al pasado, perderás todas tus memorias y te olvidarás de todas tus esperanzas.

La joven escuchó lo que el gato le dijo. Confiaba en el gato más que en cualquier otro ser en el mundo. Y cuando pasaron por la Tierras Susurrantes en el cuarto día, ella tapó sus oídos para no escuchar sus susurros y canciones. Pero el gusano de un pensamiento empezó a carcomerla:

—¿Y si estoy perdiendo algo muy especial? ¿Y si Gato está equivocado? ¿Ciertamente podría escuchar un poquito, solo un poquito muy pequeño? Un pequeño, pequeñísimo momento no va a suponer nada, seguramente...

Se aseguró de que el gato no la miraba y sacó el dedo de un oído por un instante. Nada más hacerlo escuchó un susurrar, como mil vientos soplando por árboles de hojas finas de plata, y escuchó canciones como mil olas golpeando arenas inmóviles, y a través de esa gran ráfaga de sonido escuchó una sola voz silbante que le susurró:

—Busca el anillo.

Enseguida la joven se tapó los oídos con sus dedos y todo quedó en silencio.

Al quinto día, pasaron las Tierras Animalescas, llenas de todas las criaturas que se han visto y soñado en el mundo, y también todas las que nunca han sido vistas por nadie. Pero en vez de maravillarse con el espectáculo, la joven estaba preocupada e inquieta.

—¿Qué anillo será el que debo buscar? —se preguntaba a sí misma continuamente—. ¿Cómo voy a encontrarlo? No puedo buscar consejo, porque Gato me dijo que no escuchara, y si pido consejo a Gato, él sabrá que le desobedecí. ¿Qué hago? —se preguntaba con desesperación silenciosa—. Mientras estos pen-

samientos la atormentaban, y la idea del anillo poseía su mente, la joven estaba ciega a las maravillas que la rodeaban, y que se veían por la ventana del carruaje.

Durante todo el viaje hasta entonces, el carruaje no se había detenido y la joven había dormido profundamente cada noche. El carruaje, tirado por Fuego, Nube, Tempestad, Agua y Viento, se transformaba en una cuna balanceante, y la joven dormía en paz. Pero ahora no podía dormir, y sus pensamientos daban tantas vueltas y tan rápidas, que se sentía mareada.

Al sexto día, la joven empezaba a sentirse enferma. No sabemos como era la Tierra Sin Nombre, que atravesó durante el sexto día, porque su mente estaba agobiada de tanta confusión. Finalmente, en la noche del sexto día, mientras el gato dormía, ella imploró en la oscuridad:

—¡Por favor, ayúdenme, necesito ayuda!

Un gran silencio cubrió esa Tierra Sin Nombre. Fuego, Nube, Tempestad, Agua y Viento ya no relinchaban y sus cascotes dejaron de hacer ruido. Las ruedas del carruaje ya no chirriaban, ni zumbaban. En ese momento, entraron volando en el carruaje dos pequeños pájaros. Uno era azul turquesa, tan brillante como los mares del sur, y el otro era rojo, como un rubí de sangre.

—Hola, pequeños pájaros —dijo la joven—. ¿Han venido a ayudarme?

—Estamos aquí para ayudarte —dijeron los dos pájaros al unísono.

—Yo te daré esperanza —dijo el pájaro turquesa.

—Yo te daré memoria —dijo el pájaro rubí.

—Y te enseñaremos dónde buscar el anillo. Pero hay una condición: tienes de echar al gato del carruaje y renunciar a él para siempre.

—Oh, pero no puedo dejar a Gato —dijo la joven—. Es mi único y verdadero amigo. ¿Cómo viviré sin él? Moriría de disgusto.

—Debes elegir —dijo el pájaro azul, con sus plumas turquesas destellando como joyas.

—Debes decidir —dijo el pájaro rojo, con sus plumas rubí reluciendo en la luz.

Durante la sexta noche, la joven dio vueltas agitada mientras el carruaje avanzaba veloz hacia su destino en la Tierra de los Soles del Sur. Esta agitación era aún peor que la anterior, causada por haber escuchado los susurros y las canciones de las Tierras Susurrantes. Sintió la falta del gélido Bosque del Norte, cerca del Río de las Madres, y de la Gente Pelirroja, a la cual pertenecía. ¿Debería renunciar al gato, su amigo más leal, en cuyo amor y calor peludo tanto se apoyaba, y que había sido la presencia más constante a lo largo de su vida?

¡No lo podía hacer! Pero si no lo abandonaba, nunca tendría paz, porque estaría siempre atormentada por la idea del anillo y la necesidad de encontrarlo. No había una decisión acertada, una opción feliz.

Aún así, al final de la noche del sexto día, la joven finalmente dijo:

—Pájaro azul, pájaro rojo, he decidido —dijo—. Me despediré de Gato y después me dirán dónde está el anillo.

Los pájaros asintieron. Lo que la joven no dijo a los pájaros es que ella tenía un plan secreto para engañarlos. Mientras los pájaros dormían en lo alto del carruaje, ella había deshecho una de las mantas que la cubrían en la noche, y moldeó los pedazos con la forma del gato. Después susurró a su amigo:

—Querido Gato, mi amigo, por favor escóndete bajo el asiento y no hagas ni un ruido. Más tarde te diré la razón.

El gato se escondió bajo el asiento, y la joven pidió al cochero que detuviera el carruaje. El cochero no quería parar, porque el Rey de la Gente Pelirroja y la Reina del gélido Bosque del Norte le habían instruido que no parase hasta llegar a la Tierra de los Soles del Sur. Pero la joven suplicó de tal forma que el cochero

cedió, emitiendo un sonido ronco y profundo de su garganta. Pararon frente a un árbol antiquísimo, cuyas ramas enormes daban una sombra que se extendía hasta donde la vista llegaba.

—Dejaré a Gato aquí, al pie de este árbol —dijo la joven a los pájaros— y, cuando cierre la puerta del carruaje y hayamos partido, me dirán donde puedo encontrar el anillo.

El pájaro azul y el pájaro rojo accedieron, y la joven salió del carruaje llevando el bulto de lana deshecha que parecía el gato durmiendo, y lo posó al pie del árbol. Después se apresuró para entrar en el carruaje, cerró la puerta detrás suyo, y pidió al cochero que siguiera su camino.

Cuando las ruedas del carruaje empezaron a chirriar y a zumbar de nuevo, la joven dijo al pájaro azul y al pájaro rojo:

—Ahora díganme dónde está el anillo.

Y el pájaro azul y el pájaro rojo respondieron al unísono:

—El anillo está en tus sueños, y no se puede sacar de ellos. Sólo puedes tener el anillo cuando duermes, nunca cuando estás despierta. Así que debes elegir otra vez. Podemos hacer que duermas para siempre, y allá en tus sueños encontrarás el anillo y sabrás qué significa. O puedes estar despierta y verlo en tus sueños, y sólo entenderás su significado de la misma forma que los humanos pueden entender el significado de sus sueños y pesadillas. ¿Qué eliges?

La joven se enfureció.

—Me han engañado, pájaros perversos —dijo—. Sabían que yo no podría tener el anillo y saber su significado sin dormirme para siempre, y me dejaron creer que, si renunciaba a mi mejor y más antiguo amigo, podría saber dónde está y qué significa. —La joven estaba muy enfadada, pero los pájaros no cedieron.

Mientras tanto, llegaba el amanecer del séptimo día, y en el horizonte subían lentamente los soles dorados de la Tierra de los Soles del Sur. A mitad del ascenso de los soles, cuando proyecta-

ban una luz rosada por el cielo, el cochero habló por primera vez, y anunció en su voz ronca y profunda:

—Al mediodía de hoy llegaremos a la Tierra de los Soles del Sur, donde deberás aprender todos los trucos y modos que las princesas del Norte deben aprender para vivir en la tierra de los hombres, de acuerdo con la voluntad del Rey de la Gente Pelirroja y de la Reina del gélido Bosque del Norte.

La joven escuchó en silencio.

El pájaro azul y el pájaro rojo dijeron al unísono:

—Hoy al mediodía, cuando lleguemos a la Tierra de los Soles del Sur, te dejaremos.

Y con esto se retiraron a su lugar en lo alto del carruaje y se durmieron. En cuanto cerraron sus pequeños ojos negros, la joven llamó al gato y le dijo:

—Sal de tu escondite bajo del asiento, Gato, y cómete a esos dos pájaros malvados. Me han jugado una muy mala pasada. Después iremos juntos a la Tierra de los Soles del Sur y aprenderemos lo que debemos aprender de acuerdo con el mandato de mi padre, el Rey de la Gente Pelirroja, y mi madre, la Reina del gélido Bosque del Norte. Gato se movió sigilosamente hacia los pájaros, e hizo como si fuera a lanzarse sobre ellos y tragarlos enteros, pues no quería comérselos ni matarlos.

—Pájaro azul, pájaro rojo, vuelen ahora, rápido y sigilosamente para que nadie los vea —les dijo en voz baja, para que la joven no viera o escuchara nada. Y los pájaros volaron por la ventana del carruaje dejando solo una ligera fragancia de esperanza y memoria en el aire.

—Qué alivio —dijo la joven—. Nos deshiciste de esos pájaros traicioneros, Gato. Eran tan bellos, pero me engañaron y ahora que se han ido, siento alguna paz de nuevo. —Gato no dijo nada.

—Ahora, Gato, te contaré todo lo que pasó —dijo la joven. Y contó al gato la historia de la voz que había escuchado en la

Tierra Susurrante, de la llegada de los pájaros y lo que le habían dicho, y sobre el anillo.

Gato siguió sin decir nada, mirando a la joven con sus ojos verde esmeralda.

Al terminar su cuento, era mediodía, y el carruaje llegó a una ciudad de un ocre tórrido bajo un cielo protector de azul diáfano. La luz era tan fuerte que dañaba los ojos.

El carruaje paró frente a la entrada de una casa palaciega ancha y alta, pintada con el amarillo real de los mantos de satén del Emperador de China. Sobre uno de los peldaños de las escaleras que subían a la entrada, había una Vieja con cabello color de paja tan largo que le llegaba hasta la mitad de sus piernas torcidas, y que llevaba puesto un vestido hecho de monedas doradas, cosidas de forma que parecían escamas.

—Bienvenida, hija de la Genta Pelirroja y del gélido Bosque del Norte cerca del Río de las Madres —dijo—. De aquí partirás para aprender los trucos y los modos que las princesas del Norte deben aprender para vivir en el mundo de los hombres. Por favor, ponte este traje, que deberás llevar siempre mientras aprendes lo que debes aprender.

La Vieja le extendió un traje espléndido, bordado de una punta a la otra, con el detalle más exquisito e intricado, todo lo que había visto, experimentado y soñado la joven a lo largo de su vida. Allí estaban bordadas las figuras del Rey, su padre; la Reina, su madre; su palacio y sus jardines; la Tierra de la Gente Pelirroja; el Río de las Madres; el gélido Bosque del Norte; las Tierras Desiertas y sus cactus; las Tierras Heladas y sus carámbanos de diamante; las Tierras Selváticas, con su vegetación lujuriante; las Tierras Animalescas; las Tierras Susurrantes, y hasta la Tierra sin Nombre —por la que habían pasado el sexto día de su viaje y de la cual nada vio salvo un solo árbol antiguo y majestuoso que con sus ramas echaba una sombra refrescante hasta donde llegaba la

vista—, también bordado sobre el traje. Había imágenes bordadas de la joven en diferentes momentos de su vida, del carruaje, del cochero cojo, de los cinco sementales negros Fuego, Nube, Tempestad, Agua y Viento, y del pájaro azul turquesa y el pájaro rojo rubí. Estaban bordadas también las figuras de la vieja, del amigo Gato, y hasta del mismo traje bordado que la Vieja le presentaba. La joven se vistió con el traje, cuyos bordados eran tan vivos que resultaba difícil no dejarse embrujar con ellos.

—Y ahora —dijo la Vieja—, debes poner este anillo en el dedo índice de tu mano izquierda, la que usas para apuntar. Y así estarás lista para aprender los trucos y los modos que las princesas del Norte deben aprender para vivir en la tierra de los hombres.

La Vieja le tendió un anillo de oro incrustado con una turquesa oval y un rubí en forma de estrella. ¿Sería ese el anillo que los susurros y las canciones de las Tierras Susurrantes le habían dicho que buscara? La joven estaba convencida que era ese. Se puso el anillo y, en ese preciso instante, se formó la imagen bordada del anillo en su traje, justo sobre su costilla izquierda superior.

Cuando la joven levantó la mirada, la Vieja había desaparecido, y la puerta roja de la entrada de la casa palaciega, ancha y alta, se había abierto de par en par, dejando entrever la oscuridad que había más allá.

—Ahora, compañera, debes ir sola —dijo el gato—. Nos volveremos a ver cuando regreses, y entonces deberás contarme la historia de cómo aprendiste todos los trucos y modos que las princesas del Norte deben aprender para vivir en el mundo de los hombres.

—Vuelve pronto para contarnos el destino de tus esperanzas después de haber aprendido los trucos y los modos que las princesas del Norte deben aprender para vivir en la tierra de los

hombres —dijo el pájaro azul.

—Acuérdate de todo para que nos puedas contar todos los trucos y los modos que las princesas del Norte deben aprender para vivir en la tierra de los hombres —dijo el pájaro rojo.

—Pasaré por esa puerta —dijo la joven, apuntándole con su dedo anillado— y regresaré y les contaré todo lo que he aprendido—. Abrazó a su amigo Gato, y dio un beso de despedida a los pájaros, a los que había ya perdonado.

Ahora que llevaba puesto el vestido bordado con todas las cosas que había visto y hecho en el mundo, la joven no tenía miedo. Subió las escaleras y atravesó la entrada.

La Vieja no se sabe dónde esta. El gato, el pájaro azul y el pájaro rojo siguen sentados pacientemente en la entrada de la casa en la ciudad de ocre tórrido, bajo el cielo protector de azul diáfano, esperando que la joven vuelva para contarles todos los trucos y los modos que habrá aprendido para vivir en la tierra de los hombres.

EL VIAJE DE LA DULCE NIÑA HADA

CARLOTTA BARAHONA DE BRITO

(Traducción Mariu Cánovas Romero)

Érase una vez una preciosa Niña Hada con largos y dorados mechones y de espíritu vivaracho y alegre.

Esta niña de oro era una trotamundos. Trotaba por la tierra, brincaba por los mares y los ríos, exploraba los valles, las llanuras... Pero lo que más le gustaba era trotar por las montañas. Esas montañas llenas de bosques eran su hogar, y es que conocía cada escondrijo y cada grieta como sólo un niño conoce sus juguetes. Cada recoveco, cada hueco, cada trozo de esas montañas llenas de bosques.

Ahora bien, ya os he contado que esta dulce Niña Hada era una trotamundos. Y así era. Esta pequeña hada tenía una Madre Hada, y un Hermano Elfo, y toda una gran Familia Mágica. Pero vivían lejos, en el País de las Hadas. Y aunque la dulce Niña Hada viviera en el País también, su verdadero hogar siempre serían las montañas, las llanuras y los mares.

Un día la pequeña hada estaba explorando las montañas, como solía hacer a menudo; las montañas se extendían por muchas millas hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este y hacia el Oeste... Sin embargo, la joven hada aún no había tenido tiempo para explorarlas en su totalidad.

Y fue así como, una buena mañana, el hada atisbó con gozo paisajes nunca vistos. Daba saltos de alegría a través de los bosques. Su pie ligero besaba cada piedra donde se posara al correr, dejando tras de sí una estela de sonrisas. A veces ocurría que había piedras no tan amigables a la hora de aguantar sus pies, por lo que éstos besaban entonces la tierra, la cual besaba a su vez a la niña mágica, dejando sus pies oscuros y sucios.

A esta dulce Niña Hada le encantaba ensuciarse, y en días

como éstos, en los que las piedras lucían particularmente tímidas y la tierra particularmente acogedora, aullaba de alegría mientras hundía sus pies en el húmedo y denso barro.

Mientras corría, de repente se dio de bruces con un alto y frondoso árbol. Se trataba de un árbol enorme, duro y fuerte, firmemente enraizado en el rico suelo que lo rodeaba. Habían sólo algunas flores que crecían a su sombra, pues parecía abrumar a toda la flora que estuviera cerca. La Niña Hada se quedó fascinada con este árbol. Y no sólo por su robusto y fuerte tronco —el cual era tan ancho como el hada, o más—: su fuerza y su presencia la dejaron sin aliento.

Comenzó a aproximarse al árbol. Algo le decía que tenía que estar atenta al gran y robusto árbol, de modo que así lo hizo. Se acercó con suma cautela y respeto. Su pequeño pie de hada temblaba en su camino al árbol, pues nunca lo había hecho tan despacio. Finalmente el hada se plantó frente al árbol. Y éste se inclinó hacia ella. No le sonrió, como hacían las piedras, ni la acogió como hacía la tierra.

Frente a frente, la miraba fijamente. Ni hablaba ni abrazaba, sólo fijaba su mirada.

Había parte del hada que deseaba rodear al árbol con sus brazos, abrazarlo con fuerza. Pero de repente su cabeza de hada había dejado de obedecer a su cuerpo de hada, por lo que ahí permaneció de pie, hipnotizada.

Así fue el primer encuentro de la Niña Hada con el Árbol.

Antes de este encuentro, la joven hada no tenía problema alguno en recordar los caminos que hasta allí la habían llevado. Tras conocer al Árbol, la joven hada, que respondía al nombre de Anabelle, comenzó a recordar sus viajes. Deseaba volver al Árbol, aunque sabía que no debía. Los pájaros se lo habían dicho al oído... Anabelle, sin embargo, hacía como si no escuchara.

Aquella noche Anabelle volvió al País de las Hadas, mos-

trándose distante con su familia. Aunque los había abrazado con la alegría de siempre, su mente se hallaba lejos, junto al Árbol. De modo que, cosas de la vida, se había convertido en su Árbol.

Así que Anabelle empezó a ir a ver al Árbol todos los días. Al principio, permanecería de pie frente a él como había hecho hasta entonces, pero con el paso del tiempo, fue teniendo menos miedo, atreviéndose a tocar y besar al Árbol.

Y el Árbol la besó a su vez, aún cuando los pájaros sabían que un árbol como ese nunca besaría de verdad a una Niña Hada tan dulce. Los pájaros lo sabían de sobra y se lo susurraban a Anabelle, pero henos aquí que la joven hada se había enamorado.

Un día, Anabelle iba de camino a visitar a su amado Árbol con paso rauda y veloz, pero el fango se lo impedía, atrapando sus pies y haciéndola retroceder. Todo lo que quería Anabelle era estar cerca del Árbol, y ese lodo pegajoso llenaba sus ojos con lágrimas de rabia. Estos mismos ojos se apretaron tanto que se convirtieron en dos hendiduras, al mismo tiempo que su pequeña cara de hada se encogió de ira.

—¡Árboles estúpidos! —gritaba—. ¡Y barro estúpido! ¡Estúpido!

Las piedras la miraban, y Anabelle se enfadó con ellas, dándoles patadas.

—Piedras estúpidas —murmuró, y continuó caminando a paso rápido.

Pronto Anabelle llegó al Árbol. Ahí estaba: viejo, alto, fuerte, frondoso.

El mismo árbol que Anabelle había conocido todos esos años antes. Se acercó a él, su corazón latía rápido. Se moría de ganas por sentir el rugoso y áspero beso del Árbol en sus suaves labios de hada. Así que Anabelle se acercó a él.

Sus pasos se detuvieron. Un gran espejo permanecía de pie

en medio del tronco del Árbol. Se encontraba engarzado en la corteza, firmemente sujeto, seguro e inamovible.

El espejo asustó y enfureció a la niña, que rápidamente intentó arrancarlo del Árbol. Sus deditos tiraban desesperadamente de los bordes del espejo, intentando despegar esa maldita cosa.

—¡Aaaaaagghhhhh! —rugía de furia.

—¿Quién ha puesto esto aquí? —preguntaba. El bosque callaba. Nadie le diría nada a Anabelle, y eso le daba aún más rabia. La pobre hada se había puesto tan nerviosa que tuvo un ataque de ira: explotó con violencia, destrozando las flores y los frutos de los árboles del bosque, reduciéndolos a rastrojos.

Aquella noche Anabelle dejó al silencioso Árbol sin beso o abrazo alguno. El Árbol, como siempre, permaneció erguido mientras Anabelle se alejó a su morada en la montaña.

Al día siguiente, Anabelle volvió a visitar a su Árbol. A medida que se acercaba, vio claramente que el espejo seguía enraizado en el tronco del Árbol. El sol brilló a través del rico follaje, haciendo centellear suavemente el espejo con sus rayos de luz. Pese a sí misma, Anabelle sentía curiosidad. De hecho, ¿qué niña hada podría resistirse a tal espejo?

Se acercó, mientras el sol besaba con dulzura su espalda, avisándola. Un fuerte viento comenzó a soplar a través del bosque. Hasta el momento sólo una suave brisa llegaba a Anabelle, despeinando su tenue cabello dorado.

Anabelle se colocó frente al espejo. Hasta entonces había evitado mirar detenidamente aquella cosa brillante y resplandeciente. Sin embargo, esta vez lo miró fijamente.

Lo que vio la dejó aterrorizada.

Una cara pálida y agotada le devolvía la mirada. Sus ojos eran grandes y desesperados. Su piel, seca y arrugada, se encontraba pegada fuertemente a sus mejillas, marcándolas de forma

prominente. El pelo, el cual había visto que era de un amarillo oscuro y sucio, colgaba en lacios mechones sobre su cara.

Anabelle lo miró fijamente. Se preguntaba quién era este pobre niño vagabundo. Un niño tan hambriento y desnutrido, pensaba. «Y por qué motivo está atrapado en mi Árbol?», volvía a preguntarse.

Anabelle golpeó con sus nudillos sobre el cristal, y con un sobresalto se encontró con que el pobre niño vagabundo respondía a su vez devolviendo la llamada.

Anabelle pegó un brinco lejos del espejo y le escupió con rabia. Se dispuso a correr hacia el Árbol, dispuesta a patear con su salvaje pieccecito al pequeño y salvaje vagabundo cuando, de pronto, oyó un miau.

Detrás de unos matorrales, apareció una pequeña y peluda criatura, cuyo pelaje era de color gris. Anabelle le pareció la cosa más suave que había visto. Alargó su mano para acariciarla. Como si adivinara sus deseos, el gatito (Anabelle no tenía ni idea de lo que era un gato, así que se refería a la pequeña criatura simplemente como «eso») se acercó y se frotó contra el hada. Ronroneaba con fuerza mientras Anabelle acariciaba su suave y brillante pelaje. De pronto a Anabelle le dio vergüenza.

—Me ha visto pegarle patadas al espejo y, lo peor de todo, escupirle —se dijo—. A saber lo que pensará de mí ahora.

Y entonces, justo en el momento en que Anabelle pensaba esto, el gato empezó a ronronear cada vez más fuerte, frotando su cabeza con insistencia contra la rodilla del hada. Era como si el joven gato quisiera repeler los pensamientos inseguros de su mente.

—Te quiero —le decían sus empujoncitos.

—Te quiero, te quiero, te quiero —seguía diciendo el gato, con su cabeza empujando suavemente. En cuestión de un momento, Anabelle se derritió.

Recogió a la pequeña criatura en sus brazos, y fijó su mirada en sus suaves ojos grises. Aquellos ojos se posaron en ella, tranquilos y serenos. Una vez más, Anabelle se sonrojó.

Esos ojos parecían tranquilizarla, al mismo tiempo que la hacían sentir incómoda. El hada sintió que podía ver en lo más profundo de su alma. Los ojos llevaban a Anabelle a seguir hacia adelante.

—Sigue —le decían.

—¿Que siga a dónde? —pensaba. El gato dio un empujoncito con su cabeza hacia el espejo.

—Anda, no seas tonto —le dijo, acariciando sus orejas—. ¿Para qué quieres que vaya a ver a esa cosa vieja? Hay una criatura atrapada detrás del espejo, ¡y no me interesa lo más mínimo verla!

Pero el gato seguía insistiendo, no paraba de empujar con su cabeza. Anabelle no pudo resistirse más a los ánimos de seda, así que apartó con suavidad a la pequeña bola de pelo y la colocó a su lado, encima de una piedra.

Entonces se puso en pie y fue hacia el espejo. A medida que se acercaba, volvió el rostro atrás y preguntó en voz alta:

—¿Y ahora qué, mierdecilla? —El gato comenzó a ronronear y a maullar con fuerza. Anabelle percibió sus maullidos contundentes, insistentes... Agujereantes. No le gustaban, pero sobre todo no le gustaba el mensaje que transmitían:

—Sigue.

Anabelle sabía lo que esto significaba y, aún así, murmuraba:

—¿Seguir a dónde, bestia estúpida? —pero, obedeciendo las instrucciones del gato, puso su mirada al frente, directa al espejo.

Por segunda vez, pegó un salto. El espejo había desaparecido: en su lugar había una puerta de entrada. Un viejo marco de roble, revestido y recubierto con hendiduras e intrincadas figuras talladas, trazaba lo que parecía ser un profundo y oscuro agujero negro. Anabelle tenía miedo. Pero gracias al ronroneo que hacía eco fuertemente en sus oídos, decidió adentrarse en la negrura.

Todo lo que la rodeaba era ruido.

La oscuridad se arremolinaba, la envolvía, se burlaba y escupía.

Anabelle sintió cómo se arrojaba a sí misma en lo más hondo de unas profundas tinieblas, para ser luego absorbida por una fuerza de vacío, que la arrastraba también a oscuros y profundos arrecifes.

En ellos, Anabelle se retorció. Fue agitada, suspendida, aplastada, pellizcada, estirada y agitada de nuevo.

Y justo cuando Anabelle empezaba a pensar que todo estaba a punto de acabar, la oscuridad desistió y fue absorbida tan rápido como había venido, difuminando así los límites de la visión de Anabelle. Y la luz permaneció. Una luz brillante y cegadora.

Anabelle se dio cuenta de cómo apretaba fuertemente los ojos hasta cerrarlos en un intento de escapar del brillo cegador. Apenas encontró alivio. Entonces, lenta, lentamente, la luz se fue atenuando. Y mientras lo hacía se dio cuenta de que estaba sentada en algo blando y mojado. Anabelle extendió su mano hacia abajo y lo sintió: se trataba de barro. De pronto la joven hada estalló en gritos de alegría. ¡Estaba cubierta de barro! De la punta de la cabeza a los pies, ¡hasta arriba de sucio barro oscuro! ¡Y era libre!

Se puso en pie de un brinco, dando saltos a través del bosque en el cual se encontró a sí misma una vez más. Anabelle ni siquiera pensó en dónde estaba. Simplemente bebió de las bellas vistas que llenaban sus ojos: árboles, mariposas aleteantes reluciendo con todos los colores del arcoíris, jóvenes pájaros gorgojeantes y sus padres planeando en el aire, un gran árbol... Un árbol fuerte.

¡Dios mío! ¡Se trataba de su Árbol! Anabelle se detuvo sobre sus pasos y lo miró fijamente.

Sí, era su Árbol... pero... la Niña Hada pensó que ya no lo era.

El Árbol se había marchitado, su tronco se había vuelto de color gris. Y, enroscado sobre sí mismo junto al Árbol, se en-

contraba el gatito gris. Sus grandes ojos se posaron en el hada y pestañearon. Anabelle cogió a la bola de pelo entre sus brazos y le plantó un beso en su cabeza suave. Recogió al gatito bajo su brazo y echó a correr. Cabeza, cuerpo, pies y espíritu: uno otra vez. Corrió y corrió.

Ella era una Niña Hada. Ella era libre, un alma risueña. Corrió dentro y fuera de los bosques, daba saltos a lo largo de las llanuras abiertas.

Entonces se dio cuenta de que ya había visto todo lo que los bosques tenían que ofrecerle, y corrió lejos y más lejos, más allá del mar y a través del vasto mundo. Sus pies de hada besaban la tierra y la tierra la besaba a ella. Su Familia Hada corría con ella, contentos de correr aventuras juntos. Y así continuaron, corriendo salvajes y libres, explorando los rincones y los escondrijos y los cañones de su Tierra.

Ésta es la historia de la dulce Niña Hada, Anabelle.

Y es que Anabelle, esta Niña Hada, vivió por siempre feliz, y si miras con suficiente atención, podrás verla de refilón, corriendo, ágil y apasionada, por delante de ti y de mí.

FLORES EN EL CAMINO

GLORIA PLADEVALL MONTAÑA
(Traducción de la autora del cuento)

Érase una vez una princesa que nació en un precioso castillo. La princesa llegó con unas alas con los colores de la primavera y con estrellas doradas de diferentes tamaños que brillaban como el sol. La princesa venía cargada de regalos que debería abrir en los momentos importantes de su vida. Su ángel le había dicho que ya la avisaría de los momentos de abrir los regalos, y que los regalos serían el reconocimiento de haber entrado en una nueva etapa y que llevarían fuerza y sabiduría.

Hacía tiempo que su familia le esperaba en el castillo: el padre, que lo había construido piedra a piedra y ladrillo a ladrillo con sus manos; la madre, que cuidaba a la familia y el castillo, y la hermana, que había nacido trece años antes. Le pusieron el nombre de Bienvenida.

Bienvenida fue creciendo bonita y reservada entre los pasillos del castillo. Jugaba imaginándose un personaje, se escondía entre las tomateras del huerto en verano, bailaba alrededor de la mesa del comedor al son de la música del tocadiscos y corría alegre explorando los caminos del bosque extendiendo sus coloridas alas.

Bienvenida comenzó a conocer a otros niños y niñas con quienes a veces sabía jugar y a veces no. También comenzó a conocer a otros adultos y entrar en otros castillos. A veces sus alas no eran adecuadas para entrar por las puertas de estos espacios y Bienvenida las recortaba un poco para poder pasar. Normalmente el recorte a sus alas era pequeño e insignificante.

Los regalos con los que Bienvenida había llegado al castillo cuando nació, los guardó el ángel dentro de un cofre debajo de la cama. Cuando Bienvenida ponía la cabeza en la almohada

antes de dormirse, a menudo recordaba unas palabras que el ángel le había dicho:

—Aquí tienes los obsequios para tu vida. Los podrás ir abriendo cuando sea el momento y cuando estés preparada. Cuida tus alas y protege los tesoros que te han sido dados—. Ella no había compartido con nadie estas palabras ni nadie parecía que recordara que ella había venido con unos regalos.

Una tarde Bienvenida, cansada y triste, miró sus alas: recorte a recorte, por haber pasado por puertas demasiado pequeñas y estrechas, sus alas habían quedado minúsculas. Y sin unas alas amplias y bien extendidas no podía correr con vitalidad. No tenía ni idea de si las alas podían crecer de nuevo y cómo se podía hacer. Puso los regalos que le había dado el ángel en una mochila, se despidió de la familia y del castillo, y emprendió camino.

Bienvenida anduvo por caminos lejanos, viajó a territorios donde la gente hablaba otros idiomas, conoció a personas que le abrieron amplias puertas de sus hogares, donde se podía entrar con alas grandes.

Haciendo camino, encontró una llanura brumosa llena de jóvenes con ganas de aprender las leyes numéricas que rigen el Universo y que pidieron a Bienvenida si se podía quedar un tiempo con ellos para aprender juntos a calcular la distancia entre los planetas, a identificar las constelaciones en el cielo estrellado. Ella se quedó un tiempo y se dio cuenta de que, con la alegría y la inquietud de los jóvenes concentrados en los números y sus preguntas sobre la vida, sus alas habían crecido un poco. El ángel le dijo que era momento de abrir un regalo de los que tenía: un ramo de rosas rojas preciosas con pinchos en los tallos.

Bienvenida buscaba un hogar donde acomodarse y llamó a la puerta de una ermita con un ermitaño dispuesto a compartir su hogar. Sus profundas miradas se cruzaron y se enamoraron. El

ángel le susurró que era momento de abrir otro regalo y apareció un ramo de delicados lirios blancos.

La ermita se llenó de risas y llantos de dos niñas, primero una y luego la otra. El ángel comunicó que estaba preparada para abrir un nuevo regalo, un ramo de margaritas blancas.

Bienvenida y el ermitaño, en una de sus caminatas por el bosque, vieron un roble alto y firme con pájaros cantando en sus ramas. Decidieron construir su hogar junto a aquel roble. Fue momento de abrir un nuevo regalo, unos geranios rojos iguales que los que su madre tenía en las ventanas del castillo.

Bienvenida miraba de vez en cuando sus alas y las alas habían crecido un poco más. Ya había algunas estrellas doradas como las de antes brillando intensamente como el sol.

Bienvenida hizo un huerto con las flores y también con otras plantas y frutales. Le gustaba pasear por el huerto y los alrededores del nuevo hogar con una cesta, y recogía flores y frutos. Ofrecía sus flores y sus frutos a los caminantes con quien se cruzaba, pero a menudo recibía un no por respuesta: le decían que aquel ramo era precioso, pero que no lo necesitaban. Bienvenida se sentía decepcionada de que sus flores y sus frutos cuidados y cosechados con amor no hicieran falta. Pero ella seguía cuidando su huerto y sus flores.

Después de un tiempo, un día una viejecita que venía de lejos llamó a su puerta y le pidió un ramo de lavanda y ella se lo ofreció. Otro día, la viejecita volvió y le pidió un puñado de moras y ella se las ofreció. Y como si así debiera ser, caminantes jóvenes y mayores comenzaron a llamar a su puerta para que Bienvenida les ofreciera unas fresas dulces, un ramo de romero o un puñado de cerezas recién recolectadas.

Una noche, justo antes de meterse en la cama, contenta de lo que había ofrecido durante ese día, el ángel le susurró que era momento de abrir un nuevo regalo: una gran hortensia con

flores rosas. Bienvenida se durmió junto al ermitaño, agradecida de las flores con las que había sido obsequiada a lo largo de su vida y sabiendo que aún quedaban regalos para abrir. Sus alas descansaban en sus hombros y estaban recuperando el tamaño y los colores de cuando era niña.

Bienvenida recordaba a sus hijas que ellas también tenían regalos que irían abriendo a lo largo de su vida y que su propio ángel las guiaría. En las visitas a la familia y al castillo de donde venía, Bienvenida siempre llevaba la cesta con algún regalo del huerto y del bosque donde ella vivía, y mostraba a sus hijas los escondites de aquel precioso y viejo castillo donde ella jugaba de pequeña.

Esta primera edición de *El gran viaje y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en septiembre de 2019.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en el web

www.espacioparacontar.com

En este séptimo volumen se han recogido los cuentos escritos por Anna Polino Cortés, Gloria Cerezo Fernández, Alexandra Barahona de Brito, Marga García Fernández-Valera, Rocío Ruiz Ruiz, Rafael Cortés Arrieta, Carlotta Barahona de Brito, Rosa Isabel Margarita, Carina Casanovas Fontanet, Sonia Vallecillos Paredes, Alicia Gómez Roig, Lola Sánchez Ramírez, Gloria Pladevall Montaña y Natalia López Molero.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 7, 8 y 9 de junio de 2019 en Barcelona. Y ocurrió que se abrieron las puertas del Misterio.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-9-7



978-84-948135-9-7